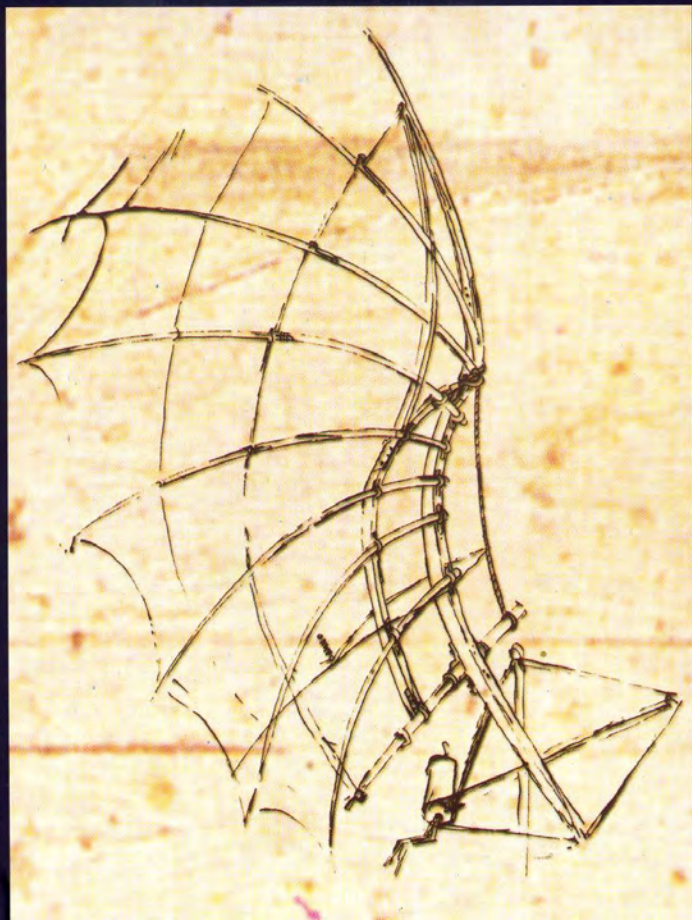


Carlos Moisés Hernández Suárez

# EN LAS ALAS DE LEONARDO



EN LAS ALAS DE LEONARDO

**MARDEFUEGO**

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Carlos Salazar Silva, Rector / Dr. Miguel Ángel Aguayo López,  
Secretario General / Lic. Juan Diego Suárez Dávila, Coordinador  
General de Extensión Cultural / Licda. Guillermina Araiza Torres,  
Directora General de Publicaciones

# EN LAS ALAS DE LEONARDO

Carlos Moisés Hernández Suárez



UNIVERSIDAD DE COLIMA

UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2004  
Avenida Universidad 333  
Colima, Col., CP 28040

ISBN: 970-692-174-5

Derechos reservados  
Impreso en México | *Printed in Mexico*

*A mi nina Chole*



# Índice

|                                   |    |
|-----------------------------------|----|
| En las alas de Carlos Moisés..... | 9  |
| Sobre las olas .....              | 11 |
| Vivaldi .....                     | 33 |
| La Rielera.....                   | 39 |
| Signus-1.....                     | 49 |
| En las alas de Leonardo .....     | 67 |



# En las alas de Carlos Moisés

A Carlos Moisés Hernández le gustan los juegos con el tiempo, las paradojas, el mundo donde la realidad no es lo que parece y donde el pasado es futuro, pero donde también el futuro determina el pasado. Le interesan estos juegos y también otro más peligroso: el de la locura.

Como uno de los habitantes más distinguidos del mundo de la razón, Carlos Moisés es también un acucioso explorador de la locura y un interesado en conocer los límites que separan el orden del caos, según lo demuestra la historia que, para mi gusto, es la mejor lograda del libro y que también le da título al volumen: *En las alas de Leonardo*, donde el joven Ángel, a la manera de los verdaderos ángeles de las historias religiosas, conoce y utiliza el secreto para inducir la locura en los demás.

Dicen que todos tenemos una pasión secreta, algo que alimenta nuestro lado oscuro. En el caso de Carlos Moisés, con un Ph. D. en bioestadística por la Universidad de Cornell, Estados

Unidos, esa pasión es la literatura, son las historias donde se suspenden, por un momento, las inexorables leyes de la naturaleza.

En las cinco historias reunidas bajo el título de *En las alas de Leonardo*, Carlos Moisés Hernández nos entrega parte de su universo personal. Son relatos donde su autor explora los temas que le han intrigado y emocionado a lo largo de su vida, como las paradojas del tiempo en *Sobre las olas* o el mal y el egoísmo humanos en *Vivaldi y La rielera*.

En éste que es su primer libro de ficción, su autor ensaya distintas técnicas literarias, y aunque todavía sus palabras son medidas, controladas, las historias no dejan de ser interesantes, atrapan desde un principio porque Carlos Moisés es un atento seguidor de las recomendaciones que daba Julio Cortázar: el cuento debe terminar por *knock out*.

Este libro, que además tiene la virtud de la brevedad, promete ser el inicio de una larga serie de relatos en los que Carlos Moisés Hernández seguirá explorando, cada vez con mayor profundidad, el misterio del conocimiento y de la vida.

Jorge Vega

# Sobre las olas

*Llegaste tarde* —le dijo el viejo.

Manuel no necesitó volver el rostro. Hacía rato que lo había visto caminar hacia él, con paso lento pero firme. Ese pobre viejo con algo bajo el brazo.

—*¿Cómo dijo?* —contestó Manuel, casi por reflejo.

*Tardaste mucho* —insistió el viejo.

Manuel lo miró de pies a cabeza. El viejo no parecía un pordiosero. Vestía un traje igualmente viejo, raído por el uso, pero lucía pulcro. Su cabello cano, escaso pero arreglado. Sus limpios zapatos no podían ocultar las largas caminatas. Por un momento Manuel creyó encontrar en su rostro un dejo de enfado, como si en realidad lo hubiera esperado.

—*Te he estado esperando por mucho tiempo* —dijo el viejo.

Manuel estaba sorprendido. El tono de voz era firme y no parecía estar ebrio.

—*¿A mí?* —preguntó Manuel.

—Sí, a ti —contesto el viejo— *ahora sé que mi espera no fue en vano.*

Manuel repasó la tarde rápidamente. No conocía al viejo. No conocía siquiera ese parque perdido de Coyoacán, en la Ciudad de México, al que llegó fortuitamente mientras dejaba pasar el tiempo para su vuelo a Zacatecas. El congreso de neurocirugía había terminado dos horas antes de lo programado por la falta del último de los expositores, lo que le dio un margen de seis horas antes de su vuelo de salida. Fue entonces que caminó un poco por las calles y tomó un taxi. El tráfico de las cinco de la tarde saturó, como siempre, las principales arterias del sur de la ciudad.

—*Maldición* —dijo el taxista.

—*¿Que sucede?* —preguntó Manuel.

—*Debe haber un tapón adelante. ¿Tiene mucha prisa?*

—*En realidad no, ¿piensa tomar un atajo?*

—*Más bien un rodeo. Quiero salir adelante en la avenida.*

—*¡Como quiera!*

El taxi se desvió por las antiguas calles de Coyoacán. Muros de piedra, viejas iglesias, calles empedradas, árboles enormes, viejas plazas. Al cabo de un momento pasaron frente a un pequeño jardín. Apenas unas cuantas bancas y una fuente de piedra al lado de una iglesia. Parecía un cuadro de principios de siglo: era el México de 1900 vivo.

—*Deténgase* —dijo Manuel— *Aquí me quedo.*

—*No se desespere* —dijo el taxista— *llegará a tiempo.*

—*Ya lo sé, no es por eso.*

—*Como quiera.*

—*¿Cuánto le debo?*

—*Que sean veinte varos.*

Manuel pagó al taxista sin verle el rostro. El pequeño jardín ya había robado completamente su atención. El taxi se alejó y su ruido desapareció rápidamente por las sinuosas calles de Coyoacán. Cruzó la calle y contempló a su alrededor: un pequeño refugio para artistas, aparentemente. Una joven pintaba un lienzo en un extremo del parque. El viejo estaba sentado en el otro extremo.

Algo había en ese parque que Manuel no podía describir, un pequeño parque en forma rectangular que le traía una grata sensación de placidez. Un pequeño refugio en el bullicio de la gran ciudad. El paisaje estaba dominado por piedra: en las paredes, en la fuente, en las bancas y en la iglesia cercana. La fuente estaba en el centro del parque. Manuel no sabía porqué el parque era tan atractivo para él, había algo más que lo evidente, algo que no podía describir. Parecía que nadie supiera de su existencia, sólo él, aquella joven de largo pelo negro y el viejo. El viejo que lo miraba fijamente desde el otro extremo del jardín. Aquel viejo con un bulto bajo el brazo.

Manuel permanecía de pie, con su portafolio en la mano. Caminó hacia la joven que parecía pintar o dibujar algo; podía leerse en su camiseta en letras grandes “Instituto Nacional de Bellas Artes”.

—*Una estudiante* —pensó Manuel— *sin duda*.

La joven lo vio venir y se puso evidentemente nerviosa. Manuel observó como seguía trabajando mientras intercambiaba su mirada rápidamente entre él y el cuadro que pintaba. Manuel fingió no haberse percatado de su nerviosismo y continuó acercándose. Miró la pintura: eran los trazos de lo que parecía ser la fuente en el parque. Era, sin embargo, una imagen muy distorsionada de la realidad. Manuel se dio cuenta que inconscientemente había esperado ver algo mejor, de acuerdo con el entorno. Sonrió. No quiso mentir con un halago y se alejó. Tomó asiento en una banca cercana. Abrió su portafolio y hurgó entre sus notas: encontró su boleto de avión y lo revisó. Guardó todo nuevamente. Cerró los ojos. Podía escuchar el parque: los pájaros, la fuente. Repentinamente detectó un ruido que no parecía concordar con el entorno y abrió los ojos: una cochera enorme se abría para dejar salir un lujoso vehículo. Después, la calma nuevamente.

Manuel permaneció así unos momentos, relajándose. Volteó hacia un lado: la joven había cambiado de posición, lo que le permitía sin duda

la simetría de la pequeña fuente y seguía trabajando.

Pasó el tiempo. Durante la hora en la que había permanecido sentado sólo habían pasado tres vehículos. Era sin duda un barrio afortunado. El cielo comenzó a nublarse y la joven se preparó para retirarse.

Manuel se hundió en sus notas nuevamente: revisó sus boletos y notas de las conferencias. Cuando levantó la cabeza la joven ya no estaba. Volteó la cabeza hacia el otro extremo del jardín. El viejo lo seguía mirando fijamente. Manuel guardaba sus papeles cuando el viejo se levantó y caminó hacia él. No le habría llamado la atención de no haber sido porque al caminar seguía mirándolo fijamente. Caminaba lento, muy lento hacia él. Llevaba un paquete bajo su brazo derecho. Paso a paso se acercaba. Manuel pretendió mirar hacia otro lado pero ya no había duda, el viejo se dirigía hacia él. Lo miraba tan fijamente que cuando lo tuvo cerca, Manuel quiso adelantar el evidente encuentro con un saludo, pero se contuvo. Fue entonces cuando el viejo le dijo:

—*Llegaste tarde.*

Ahora Manuel podía apreciar aquello que llevaba bajo el brazo: tenía la forma de un cuadro envuelto cuidadosamente en papel, atado con cuerdas y envuelto a su vez en una bolsa de plástico.

—*¿Me estaba esperando?*

El viejo no contestó. Hizo ademán de sentarse y Manuel se desplazó un poco para hacerle espacio. Con mano temblorosa el viejo buscó el respaldo de la banca para apoyarse y tomó asiento con dificultad. Miró a Manuel fijamente, lo que a Manuel pareció una eternidad, y sonrió.

—*Tengo algo para ti* —dijo el viejo— *Más bien, es algo que te pertenece.*

Manuel no sentía dominar la situación: estaba confundido y no podía imaginar como terminaría ese encuentro. El viejo acompañaba sus palabras con movimientos tan lentos que Manuel no pudo evitar ver su reloj instintivamente. La lentitud del viejo no era algo que se llevara muy bien con la idea de un aeropuerto.

—*¿Tienes prisa?* —le dijo el viejo— *Tendrás que esperar. Yo te he esperado toda la vida.*

El viejo había comenzado a abrir el paquete. Cuidadosamente retiró la envoltura de plástico.

Manuel calculó entonces su edad. En realidad, su aspecto aseado y cuidado lo hacían parecer menos viejo de lo que era. Las manchas y la delgadez de su piel evidenciaban una edad cercana a los ochenta años.

—*Me llamo Juan* —explicó el viejo, mientras seguía desenvolviendo con lentitud lo que parecía ser un cuadro— *Juan Ibarrola. Soy pintor.*

—*Mucho gusto* —dijo Manuel— *Manuel Romero.*

El viejo se detuvo completamente y sonrió:

—¿Así te llamas ahora?

Manuel no estuvo seguro de lo que oyó. Por la edad del viejo, había descartado una broma. El viejo había continuado quitando las ataduras de aquello que cada vez más parecía ser un cuadro, mientras decía:

—*Yo no pinté este cuadro. Fue mi padre, aquí, en este lugar, en 1915. Era octubre de 1915. La gente seguía prefiriendo la pintura a la fotografía. Era una costumbre muy francesa. Tú sabes: Don Porfirio.*

Manuel pensó que tal vez le quería vender un cuadro. Disponía de tiempo y se dejó llevar por el monólogo del viejo. Imaginaba así que él mismo, junto con la fuente y el viejo, eran parte ahora del ambiente nostálgico del parque. En realidad lo parecía: cualquiera que pasara por ahí habría visto a un joven y un viejo hablando sobre una pintura en un bello parque. Sería tal vez una digna pintura en sí misma. Esa idea le agradaba a Manuel y comenzó a relajarse.

—*Don Agustín Téllez y doña Inés Ibargüen-  
goitia estaban comprometidos* —narró el viejo— *Ella vivía cerca de aquí. Bueno, en realidad antes todo estaba cerca. Los domingos la gente se reunía en este parque a socializar, se tomaba el té, se jugaba ajedrez, se escuchaba música y se discutían las últimas noticias de la aristocracia mexicana. Era toda una fiesta. La música era tranquila, de esa que le permite a uno mantener una conversación*

sin tener que levantar la voz. ¿Usted me entiende, no? Se oía mucho “Sobre las olas”, ¿la ha escuchado?

—Por supuesto —dijo Manuel— Juventino Rosas.

—Efectivamente —respondió el viejo— ¿sabía usted que el nombre original de ese vals era “Junto al manantial”, y que vendió los derechos en 45 pesos?

Manuel negó con la cabeza. Pensó en abundar sobre el tema pero el viejo lo interrumpió:

—Bueno, eso no es lo que iba a decirle. El caso es que don Agustín no era rico, pero había logrado ser aceptado dentro de las más rancias esferas de la sociedad de entonces, porque jugaba ajedrez como pocos y, además, tenía don de gentes. Usted me entiende. Todo México lo invitaba a su casa a jugar. Conocía aperturas, movimientos y su memoria histórica para el ajedrez era formidable. Era todo un rival, y por lo tanto, era digno de entrar en cualquier casa. Así fue como conoció a doña Inés, la cual pertenecía a una de las familias más ricas de México, muy allegada a los círculos políticos de entonces. Para sus amigos, eran la pareja perfecta. Para los padres de doña Inés, el noviazgo debería evitarse a toda costa.

El viejo había interrumpido completamente el acto de desenvolver la pintura. La había puesto sobre su regazo y ahora contemplaba al cielo. Manuel observó que hablaba de los personajes de

su historia con mucho respeto. El viejo suspiró y continuó su relato:

—*Nadie en la familia de doña Inés aceptaba a don Agustín. En especial el joven don Nicolás, hermano mayor de dona Inés, que ante las burlas de que era objeto por parte de sus amigos, había jurado impedir ese noviazgo a como diera lugar. Mi padre era pintor, se llamaba Matías, y encontraba mucho trabajo en este barrio. Le repito que era la costumbre de entonces. Mi padre tomaba su trabajo con mucho profesionalismo y para él, era más importante lograr un buen cuadro que un buen pago. A menudo criticaba su propio trabajo ya terminado y decidía que lo que se le ofrecía era mucho más del valor del cuadro. Así pues, insistía en rebajar el precio pactado. Mis hermanos y yo, que fuimos nueve, fuimos criados en esa atmósfera de sobriedad y dignidad. De todos nosotros, sólo yo mostré inclinación a la pintura, la que mi padre decía que se heredaba, no se enseñaba. Todos mis hermanos murieron hace mucho. Ahora pienso que así fue porque no esperaban a nadie. No tenían ningún trato pendiente.*

Al viejo no parecía importarle que el cielo se nublara rápidamente. Manuel miró su reloj una vez más, esta vez cuidándose de no ser demasiado evidente. El viejo continuó:

—*Entre los amigos más íntimos de la pareja había circulado el rumor de que, ante la oposición de sus padres, don Agustín escaparía con*

*doña Inés. Mi padre ignoraba si esto en realidad figuraba en sus planes. Lo importante era que se había convertido en un rumor al que eran ajenos los padres de doña Inés, pero no el joven Nicolás. Tal vez porque sus círculos sociales eran muy similares a la pareja de enamorados. Era cuestión de tiempo para que un enfrentamiento ocurriera. Como todos los domingos en este jardín, don Agustín había jugado algunas partidas de ajedrez con sus amigos y eventuales visitantes que venían a retarlo. Doña Inés no era diestra en el juego, pero insistió en retar a don Agustín, quien accedió divertido. Tal vez se confió demasiado, o quiso darle una ventaja temprana a doña Inés, pero aconteció que perdió muy tempranamente una pieza mayor: la reina. La risa de dona Inés contrastó con la seriedad del rostro de don Agustín. Esto llamó la atención de la gente que pronto se percató de que la pérdida de la pieza había sido genuina. Los comentarios irónicos no se hicieron esperar y doña Inés no fue la excepción:*

*—¡Te voy a derrotar! —le dijo.*

*¡Jamás! —respondió don Agustín.*

Doña Inés propuso un trato: si derrotaba a don Agustín, mi padre haría una pintura de ambos en la que ella tendría en la mano la reina ganada. Don Agustín aceptó la apuesta inmediatamente. Llamaron a mi padre, el cual presenció el resto de la partida. Mi padre recuerda que don Agustín estaba visiblemente enojado, mientras

que doña Inés sonreía y movía sus piezas con mucha tranquilidad. Se le veía divertida. Las personas que llegaban inmediatamente se enteraban de los acontecimientos y se unían a los comentarios irónicos contra don Agustín. Mi padre platicaba que le decían: “prepara el lienzo Matías” lo que suscitaba sonoras carcajadas y sacaba de concentración a don Agustín.

El viejo tomó un breve respiro para luego continuar:

*—No voy a alargar mucho la historia. Se hace tarde para usted. Ya se imaginará que sucedió: Doña Inés ganó la partida, don Agustín perdió otras piezas mayores y tuvo que rendirse antes de seguir demostrando que se aferraba a defender una posición insostenible. Sonrió levemente al inclinar su rey. Doña Inés había dejado de sonreír desde hacía mucho tiempo: tal vez lamentaba lo que había pasado y los únicos divertidos eran los que habían presenciado los hechos. Mi padre no había preparado su lienzo aún, a pesar de que llegó el momento en que la derrota era evidente, porque pensaba que sería tanto como participar de las burlas en contra don Agustín. Esperó hasta que don Agustín mismo ordenó que lo hiciera. Doña Inés se veía triste. Obviamente no estaba satisfecha con lo que había logrado. Ambos posaron para la pintura. Doña Inés había olvidado tomar la pieza en sus manos, como había prome-*

*tido que lo haría y don Agustín mismo la tomó y la puso entre las frágiles manos de doña Inés.*

El viejo continuó hablando, esta vez retomando la desenvoltura del cuadro:

—*Pintar un cuadro toma tiempo. Para mi padre no era una tarea fácil, porque sabía que en realidad ninguno de los dos lo deseaba. Primero hay que hacer los trazos, pintar el fondo, delinear las figuras, los rostros, todo lo que lleva una tarde. Mi padre les sugirió que no alcanzaría la luz del día para terminarlo. Doña Inés insistió una vez más que no era necesario, lo que hacía enojar aún más a don Agustín. Finalmente accedieron a continuar el domingo siguiente. Mi padre esperaba que ese cuadro nunca se realizara pero no fue así. El domingo siguiente, como se había acordado, ambos estaban ahí puntualmente. Doña Inés se veía triste y don Agustín impaciente, pues ya quería ver la pintura terminada. Mientras mi padre trabajaba, los amigos de don Agustín pasaban y le recordaban los hechos del domingo anterior. Don Agustín no respondía nada, y callaba estoicamente.*

El viejo casi había terminado de desenvolver la pintura. Sólo quedaba una envoltura de tela que cubría el cuadro, sin ataduras.

—*Mi padre terminó la pintura el domingo siguiente* —continuó el viejo.

*Él me decía que la situación era muy incómoda, por lo absurdo: ni él ni ellos en realidad deseaban esa pintura. Estaban sentados en aquella*

*banca* —el viejo señaló con la cabeza una banca en el otro extremo del parque.

—Como usted sabe, al final se pintan los detalles del cuadro. Prácticamente son los rostros los que toman tiempo, ya que deben de ser cuidadosamente hechos, de tal forma que representen fielmente el estado anímico de las personas. Después de pintar el fondo y delinear las figuras, se pinta el rostro enseguida porque es lo que determina la calidad de la pintura final. Mi padre casi había terminado el cuadro y estaba afinando algunos detalles, cuando alguien se acercó a don Agustín y le dijo algo al oído alejándose inmediatamente. Era un amigo de don Agustín. Aparentemente doña Inés alcanzó a escuchar algo porque insistió en que se marcharan.

Por lo que sucedió después, era evidente que don Agustín había sido avisado que el joven don Nicolás se dirigía hacia ese lugar, y que sus intenciones no eran del todo buenas. Doña Inés se había levantado e insistía en retirarse de ese lugar. Casi convencía a don Agustín, pero el cuadro aún no estaba terminado y en un acto de orgullo don Agustín decidió quedarse. Estaba decidido a no retirarse hasta que el cuadro estuviera terminado. Mi padre, desconociendo el origen de la confusión siguió trabajando. Corrigió un poco las posiciones originales de doña Inés y don Agustín y continuó con la pintura. Unos minutos después doña Inés no prestaba atención a lo que hacía: vol-

teaba continuamente hacia aquella calle, en donde aparecieron tres hombres. Don Agustín los había visto también, pero permaneció impassible. Los tres hombres se acercaron. Mi padre reconoció a don Nicolás, quien se adelantó y tomó violentamente de la mano a doña Inés. Hubo una discusión entre don Agustín y don Nicolás. Entonces mi padre vio cómo una de las personas que acompañaba a don Nicolás sacó una pistola, tras lo cual siguió un forcejeo. Rodaron por el suelo y derrumbaron el caballete de mi padre con la pintura, cuando se oyó un disparo: Don Agustín había sido herido en el pecho. Yacía ahí, en el piso, sangrando.

El viejo cerró los ojos. Hizo una breve pausa y continuó:

—Hubo mucha confusión y gritos. Mi padre estaba confundido y sólo atinó recoger mecánicamente sus pinceles, pinturas, telas que habían quedado regados por el piso, como si fuera lo más importante en ese momento. Doña Inés lloraba abrazada a don Agustín, manchado su vestido con sangre. Cuando mi padre intentó recoger el lienzo, don Agustín extendió la mano hacia él y le dijo: “Matías, el cuadro”. Mi padre se acercó, y don Agustín le dijo: “Matías, guárdalo, vendré por él”. Trabajosamente buscó su cartera y se la extendió a mi padre. “Tómala, es tuya. Guarda el cuadro, regresaré por él”.

Don Nicolás había huido desde hacía rato. Mientras sus amigos trataban de levantar a don

Agustín para ponerlo a salvo, llegó la policía y se lo llevó. Mi padre mencionaba como doña Inés forcejeaba con ellos, mientras varias personas intentaban detenerla. La última vez que don Agustín se dirigió a mi padre fue para advertirle: “Matías, el cuadro, vendré por él. Lo juro”.

*Esas palabras se grabaron profundamente en la memoria de mi padre: “Vendré por él, lo juro.”*

El viejo hizo un silencio. Realmente se veía triste. Manuel preguntó:

—*¿Que pasó con don Agustín?*

—*Aparentemente murió en un hospital unos días después. Sin parientes ni amigos poderosos fue fácil deshacerse de él.*

—*¿...Y doña Inés?*

—*Ella partió a Veracruz poco después. Allá tenía parientes que la recibieron. Nunca quiso regresar a México. Muchos años después mi padre supo que se había casado con un italiano muy rico de apellido Apendini, pero nunca lo conoció.*

—*¿Y el cuadro?* —preguntó Manuel, sin saber si quería o no recibir la respuesta que imaginaba.

El viejo no dijo nada. Lentamente dio la vuelta al cuadro que sostenía en sus manos.

—*Aquí lo tienes, tal como lo dejó mi padre.*

Manuel quedó perplejo: el viejo le extendía el cuadro y Manuel no atinaba a recibirlo. Su mirada estaba absorta en el rostro de aquel joven, que miraba a su vez un punto en el infinito. Lo que

Manuel veía no era un retrato parecido a él. Era él, sin ninguna duda; eran sus facciones, su pelo, sus ojos, su nariz, su complexión física. Efectivamente, era el mismo parque en donde estaba ahora, excepto que estaba sentado en la banca que el viejo le había indicado. Se podía apreciar la fuente al fondo. Por lo demás, nada había cambiado. Con asombro contempló a la joven que lo acompañaba: era increíblemente hermosa. Su vestido aún resaltaba a pesar del deterioro de los colores. Su pequeño paraguas del mismo color a su lado, con las manos en su regazo, y entre ellas, un pequeño objeto oscuro contrastaba con la blancura de su vestido: una pieza de ajedrez.

Manuel no atinaba a decir nada. Su cabeza era un torrente de ideas y preguntas y sin embargo, no acertaba a hilvanar coherentemente una sola de ellas. Balbuceaba sin darse cuenta.

El viejo sonrió levemente. Se levantó con dificultad y dijo, en tono de alivio:

—*La promesa que hice a mi padre está cumplida. Él y yo finalmente podremos descansar.*

Manuel lo miraba con el cuadro en sus manos sin atinar a decir nada. El viejo sonrió y le aclaró:

—*Cuando mi padre se enteró de la muerte de don Agustín, nunca dudó que usted regresaría por el cuadro. Él decía que las promesas hechas en peligro de muerte se cumplen de una forma u otra. Mi padre venía aquí todos los domingos. No*

*comprendía cabalmente como entregaría el cuadro, pero continuó viniendo, durante doce años, todos los domingos. Cuando supo que su muerte era inminente, me entregó el cuadro y me hizo prometer que vendría aquí cada domingo, y es lo que hice durante muchos años. Hasta que dejé de venir todos los domingos porque los achaques no tienen reloj; además, la gente dejó de venir desde hace mucho a este parque para refugiarse en esas casonas de altas bardas sin ventanas. Este parque ya no es para ellos, imagino. Entonces vengo cada vez que puedo, pero vengo. Me imaginaba que sí don Agustín iba a regresar por su cuadro, él sabría como encontrarme.*

—¿Y... esto? —dijo Manuel, señalando unas manchas rojas en el margen del cuadro— ¿Es...?

—Sangre —interrumpió el viejo— *Mi padre no quiso modificar el cuadro. Hubiera querido, pero el cuadro ya estaba pagado, por lo tanto no le pertenecía.*

Manuel callaba, no atinaba a decir nada. Unos minutos antes esperaba un vuelo y ahora había escuchado una historia increíble que no podía digerir. El viejo dio la vuelta como para marcharse.

—*Me olvidaba* —dijo.

El viejo buscó entre sus ropas y sacó una vieja cartera.

—*Toma* —extendió la mano— *es tuya.*

Manuel tomó la cartera que el viejo le extendía y la observó cuidadosamente. La abrió con cuidado. Estaba vacía. Buscó en los compartimientos interiores y encontró una fotografía. Tenía forma ovalada. Era la joven de la pintura. Manuel sólo pudo voltear a ver al viejo. Sentía lágrimas en sus ojos.

—*Así es... es ella. Veo que sabías donde buscar.*

El viejo dio la vuelta y comenzó a alejarse. Manuel no había podido digerir todo lo acontecido. Vio que el viejo se alejaba y lo llamó:

—*Espere, no me deje así. Quiero hablar con usted. Tengo muchas preguntas.*

Ya lo he dicho todo —respondió el viejo—  
*Tal vez yo he quedado más satisfecho, pero es hora de irme.*

—No, espere —atajó Manuel— *Permitame darle algo. No es mucho, pero de algo servirá.*

—*Le repito que el cuadro ya se pagó. No quiero nada.*

—*Es sólo que quiero dárselo. En realidad, esto es increíble. Tome.*

Manuel extendió hacia el viejo un fajo de billetes. Prácticamente todo lo que tenía. Había dejado sólo para el taxi.

—*No lo quiero.*

El viejo dio la vuelta. Manuel insistió:

—*Tome, por favor.*

Manuel metió los billetes al raído saco del viejo y dijo:

—*Quisiera volver a platicar otra vez con usted. Tiene que darme más detalles, usted me comprende.*

—*Luis Urbina 105, Colonia del Valle —respondió el viejo— Ahí puede encontrarme. Todos me conocen en el barrio. No es lejos de aquí.*

Manuel anotó rápidamente la dirección en su libreta. Faltaba un poco más de una hora para su vuelo. Era hora de irse. Alcanzó a preguntar:

—*Y doña Inés, ¿dejó algún familiar?*

—*Creo que tuvo una hija, vive en Veracruz. No sé si deba buscarla.*

Manuel no había dejado de sorprenderse. Para sobrellevar mejor los acontecimientos, tomó asiento y observó la pintura en detalle. Era increíble. Era él, definitivamente. Así estuvo observando el cuadro por largo tiempo. Levantó la vista y el viejo había desaparecido. Por la lentitud con la que el viejo caminaba, Manuel dedujo que había permanecido demasiado tiempo observando la pintura. Comenzó a envolverla cuidadosamente, no sin antes dar una última mirada a la obra. Se levantó y caminó por esas calles, en busca de un taxi.

Esa misma noche, Manuel llegó a su casa y escondió el cuadro. Había decidido no mostrarlo a nadie hasta que completara su increíble historia. Una semana después se encontraba en el puer-

to de Veracruz. Había localizado una familia de apellido Apendini. Vivían en una vieja mansión. Manuel se encontró tocando el timbre con su cuadro bajo el brazo. Un poco después, un sirviente abría. Antes de decir palabra, éste le dijo:

—*No me diga, usted busca a doña Inés Ibar-güengoitia.*

Manuel no dijo nada. No podía decir nada. Se quedo ahí, en el marco de la gran puerta, sorprendido, igual que lo había dejado aquel viejo unos días antes. ¿Qué historias le depararía esa casona?



En el barrio de Triana, en Aguascalientes, junto al museo dedicado a José Guadalupe Posada se encuentra un pequeño jardín. Ricardo se había detenido ahí para descansar un momento. Observa aquellos jóvenes que pintan. No encuentra ya a aquella joven estudiante de largo pelo negro que hace rato pintaba e intercambiaba nerviosamente sus miradas entre él y su lienzo. Le parecía un coqueteo y estuvo a punto de acercarse a ella, pero decidió esperar unos momentos más. Ahora ya no la encuentra. La ha buscado con la mirada en todas direcciones y no la encuentra. Abre un periódico y comienza a leer. Pasan los minutos. El parque es en realidad relajante. Ricardo decide que ya es hora de dirigirse al museo a comprar unas imitaciones de Posada. Todo estaría en cal-

ma, de no ser por aquel viejo de traje pulcro y lento caminar, que lo ha estado mirando fijamente desde hace tiempo.

\*

El sol se oculta ya en Aguascalientes. Por la calle camina un viejo acompañado de una joven. Ella carga un caballete bajo el brazo, y el viejo un par de paquetes que parecen cuadros envueltos. El lento caminar del viejo delata su cansancio, y la joven se esmera en mantener su paso a la par. La conversación que mantienen es propia de un maestro y su discípulo:

—*Tienes que apresurarte más la próxima vez, la pintura tiene que secar más rápido* —dijo el viejo.

—*¿Cuánto te dio, abuelo?* —preguntó la joven.

—*No lo conté. Parecían varios billetes grandes. Me dio todo lo que traía, igual que todos.* —*¡Ah! y este reloj.*

El viejo sacó de su bolsillo un reloj de pulsera y se lo extendió a la joven.

—*Parece bueno* —observó ella.

El viejo no respondió inmediatamente. Avanzo unos cuantos pasos, se detuvo, y en tono de queja, respondió:

—*Tal vez sea bueno. Siempre es poco pago por hacerte partícipe de una buena historia.*



# Vivaldi

Por eso no oigo a Vivaldi. Y me acuerdo y estoy a punto de llorar. No sé porqué, pero ya no me sabe igual la rapidez de las notas del primer movimiento de “Verano”, la tremenda placidez de “Otoño” o la desenfrenada alegría de “Primavera”. El caso es que ya no me sabe igual.

Tal vez sea porque me trae recuerdos. Recuerdos de aquella vez que usé la obra de don Antonio para castigar a mi vecino, un tal Jesús Fuentes. ¿Quién será más importante? don Antonio Lucio Vivaldi, gran compositor; don Enrique, graduado de una de las mejores escuelas de México; o mi vecino Jesús, jornalero de campo, graduado de la escuela de la vida. Me acuerdo y una lágrima traicionera me sale del ojo izquierdo, ayudada desde adentro en mi cabeza por añejos enemigos. Cierro los ojos y me acuerdo.... y puedo oír la música de don Antonio: suave, lenta, a veces impetuosa... Ojo traicionero, aún cerrado sigues trabajando. Me traslado en el tiempo, oigo, veo, siento...

Irrespetuoso Jesús. Irrespetuoso de la obra de don Antonio y de mi persona. ¿Quién se cree que es para interrumpir la música de don Antonio a las 10 de la noche? Tal vez no sabe que recién graduado, me veo forzado a vivir al lado de su casucha, sólo mientras arreglan la casa en la que viviré definitivamente. ¿Sabe él lo que es regresar de la ciudad? ¿Sabe lo importante que soy? ¿Sabe cuantos años he estudiado?

Miserable. ¿Cómo se atreve a tocar su música ruidosa? Al diablo con él. Estoy seguro que no sabe la diferencia entre “Primavera” y “Verano”, y algo debe de concederme a mí que estudié con mucho esfuerzo y conozco el Invierno de Vivaldi y el de la ciudad de México.

¡Pobre diablo! ¿Conoce la diferencia entre la nieve artificial, esa que le vi poniendo ayer a su árbol navideño igualmente artificial, y la nieve verdadera?

Irreverente, debe estar borracho. No le importa despertar a sus propios hijos; se pueden distinguir claramente los llantos de un niño. Es más, debe estar peleando con su esposa, se oye llorar también. Su música es insoportable, en volumen y calidad. ¿Qué me importa a mí sí *Joaquín Mendieta* se robó a *la vieja que quería* en un *caballo blanco* y huyó matando a sus cuñados?

Decidí responder. No lo vi entonces como respuesta sino como una lección de música clásica

gratuita. ¿Quieres música? Te la voy a dar. ¿Sabes lo que es un buen aparato de sonido? ¿Sabes que también mi *Sony* puede hacer reaccionar a los vecinos? Pues vas a ver, y agradece la lección. Aquí tienes. Y aprovechando que tu casa es de un piso y la mía de dos, pues te pongo las bocinas, cual cañones — ojalá lo fueran, pensé— y *play*. Vivaldi, una y otra vez, que te la aprendas, a todo volumen.

Cuatro horas duró la música, una y otra vez. Vivaldi: Primavera, Verano, Otoño, Invierno, Primavera, Verano, Otoño, Invierno, Primavera, Verano...

No duermo yo, no duermes tú. Tienes que aprender a respetar las jerarquías. Bueno, no tanto así, estoy recién graduado, pero que *carajo*, se necesita ser un *nango* para no entender que el nivel de estudios hace la jerarquía, y que yo fui a estudiar para mejorar el nivel de vida de él y de otros como él. Que se amuele, que respete. Todavía se oye su música, más fuerte que antes, y los llantos de un niño y la actividad febril en la casucha de al lado.

De repente, vasijas que ruedan, gente que corre, gritos y luego, silencio. Llantos queditos. La música se apagó repentinamente. Me di cuenta lo escandaloso que podía sonar don Antonio Vivaldi cuando se lo proponía, y decidí dejarlo descansar. A él y a mi *4-way speaker Sony, MHC-C33, 60 Watts per channel*.

Me quedé en la hamaca de arriba. Queda poco para el amanecer —pensé— algo podré dormir.

Las ocho de la mañana. ¿Ruidos otra vez? ¿Música? No, esta vez es diferente. Me asomo a la ventana del segundo piso y veo gente humilde vestida de negro. Murmullos. La gente entra y sale de la casa del tal Jesús. Llantos. Bajo las escaleras rápidamente, salgo al patio, voy a la calle, y aún con el recuerdo fresco de la batalla ganada ayer a cañonazos musicales, me quedo en el marco de la puerta a la expectativa. Mi vecino me espera sentado afuera de mi acera. Su pantalón blanco, raído, su sombrero en la mano, su camisa con las inconfundibles manchas originadas por cargar racimos de plátanos. Su esposa e hijas a lo lejos, llorando. Hombres y mujeres separados a la hora de reír y de llorar, como siempre.

—*Don Enrique* —me dijo.

Atiné a contestar un digno: ¿Qué sucede?

—*Don Enrique* —repitió— *le quiero pedir una disculpa, don Enrique. Por lo de ayer, usted sabe.*

—¿*Qué pasó?* —le contesté, como si no hubiera estado presente la noche anterior en la batalla que gloriosamente había ganado—.

—*Es que, la chatita, ¿se acuerda de la chatita, don Enrique? pues se me puso muy mala ayer en la noche, y gritaba mucho de dolor, y pues, usted sabe, me dio mucha pena que oyera los gritos.*

*Un alacrán, usted sabe. Parece que la pobrecita se ahogaba, y gritaba angustiada y se agarraba la garganta. Y pues mientras yo buscaba al maldito alacrán por toda la casa, atrás del ropero, las cajas, las herramientas, la cocina, pues noté que estábamos haciendo harto escándalo y pues le dije a mi viejita. “Préndete la música bien alto, pa’ que don Enrique no se perturbe”, y ella: “pos cuál pongo” y yo “la que quieras, mientras busco la maldita alimaña” y corre que te corre con las compresas de agua caliente, el trajín, los gritos de mi chatita, pos debemos haberle hecho rete harto escándalo, y le vengo a pedir disculpas.*

La gente de negro puso el resto de su explicación. Se me hizo un nudo en la garganta, como el que se me esta haciendo ahora cuando me acuerdo. Entré a la casa. Me quedé parado viendo al cielo, no sé porqué, con la cabeza bien levantada, tanto que el cuello me dolía. ¿Por qué reaccioné así? No sé. Una posición absurda, como buscando estrellas. Alguien que me castigara, no sé.

Así fue como conocí a don Jesús. Y me acuerdo, y Vivaldi ya no me sabe igual.

Y don Jesús sigue allí, en alguna platanera supongo, cargando racimos más pesados que él, y manchando su camisa blanca con el vástago y los racimos.

¿Estará la chatita escuchando a Vivaldi?



# La Rielera

“Yo soy rielera y tengo mi Juan...”

Tal vez usted haya escuchado esa melodía alguna vez. Su origen se remonta a la época en que los hombres combatían en la Revolución a caballo, mientras que las mujeres los seguían a pie cargando bultos y canastos con enseres de cocina y alimentos.

No sé con que la asocie usted. Probablemente sea muy joven y le recuerde una película con muchos balazos y besos, no sé.

Habrà quien seguramente la asocie con los bailes de la escuela primaria. Tal vez.

Yo la asocio con una trompeta. No sé si a usted le suene divertida o alegre. Pero yo, lamentablemente, la asocio con un viejo sin piernas; sentado allí, en la calle principal de Cuyutlán. Con pantalón y camisa de manta blanca; ceñidor rojo a la cintura; trompeta mohosa, aunque limpia; sombrero al lado, para la colecta. La asocio con don Sebastián.

Cuyutlán, pueblito en la costa del Pacífico; cuatro calles paralelas a la costa y una calle principal, empedrado blanco por el sol y olor a pescado cocinándose.

La reacción que provoca el viejo al verlo difiere según se sea turista o local. Niño o adulto. Unos dicen “don Sebastián”. Otros dicen, “don Sebas”. Algunos más dicen “El Mochito”. Otros dicen: “¿Qué le pasó, mamá?”

Si don Sebas cobrara por las veces que se le usa para asustar a los niños, no necesitaría su sombrero para coleccionar. Por las noches, dicen que don Sebas come niños y se mete entre las cobijas de aquellos que no se quisieron comer el pescado o, bien, asusta a los que durante el día jugaron a ser salvavidas a escondidas, adentrándose en el mar hasta más allá de donde las olas rompen; hasta que alguna ola de color esmeralda los revolcó tanto que volvieron a ser niños de puro susto, y ahora están envueltos en las faldas de sus madres que platican a la orilla del mar.

Tal vez sí él cobrara por las veces que se mete entre los sueños de los niños, no necesitaría el sombrero para coleccionar, pero lo que invariablemente sí necesita son los dos pedazos de neumático que usa para protegerse los muñones de las rodillas, cuando va de su casa a su sitio de trabajo y viceversa. También los dos bloques de madera que usa para no tener que tocar el abrasador suelo mientras se impulsa, especialmente al cruzar la vía

del ferrocarril, al caer la tarde de cada día, exhaustos sus pulmones de tanto soplar.

Todos los días, al regresar, se queda un ratito entre los rieles. Aguarda por el ruido. Ese ruido que no llega. Cierra los ojos un momento. Luego cruza la vía: Otro día será.

Ya en su choza de palma y otate, separada del resto de las casas del poblado, enciende el fogón. Enciende también un cigarro y observa cómo el humo sube al cielo que comienza a oscurecerse. De entre sus ropas saca cuidadosamente un pequeño objeto amarillo. Lo protege de la poca luz del atardecer. Lo acaricia suavemente y se lo lleva a los labios. Sus cansados pulmones aún pueden hacer el último esfuerzo del día: sopla suavemente para dar origen a un pequeño globo amarillo. Apenas el globo tiene el suficiente tamaño para caber completamente en su mano, se detiene y lo observa: una pequeña mariposa se dibuja en él, brillante y hermosa. Don Sebas sonríe, murmura unas palabras, detrás de lo cual procede a desinflarlo cuidadosamente y lo vuelve a guardar entre sus ropas.

Sonríe.

Luego, llora.

✱

—*¡Que no se te olvide el encargo, orejón!*

Gritó la madre sonriente, aunque un poco preocupada, desde el andén, al niño que apenas se

acomodaba en el vagón del tren de pasajeros que salía de Colima rumbo a Manzanillo.

—*¡Le das el encargo a tu abuela!* —agregó.

El niño ya se había acomodado en el vagón de segunda clase, nervioso, era la primera vez que hacía la travesía, y el tren que partía le inspiraba miedo. La misma travesía que sus hermanos mayores habían hecho varias veces, ahora era responsabilidad suya: llevarle algún dinero a su abuela. Ésa era la prueba de fuego para poder tutearse con sus hermanos mayores.

A los siete años, el tren es un ser vivo que te lleva en su vientre. Hace ruido, se mueve y arroja humo como corresponde a un ser mitológico de su tamaño. Mientras el niño se acomoda repasa las instrucciones: bajarse en Armería, entregar el dinero a su abuela Natividad y regresarse en el tren de la tarde. Al regreso, asegurarse de subirse en el último vagón, porque en caso de quedarse dormido, su madre sabe donde buscarlo en la breve parada que hace el tren en Colima antes de partir a Guadalajara.

Lo importante: no dormirse en el camino de ida, porque después de Armería el tren no se detiene hasta el puerto de Manzanillo, donde el tren permanece varios días. Esto significaría para un niño el perderse definitivamente, y eso era lo que más le preocupaba a Juanito. Aunque en realidad, le preocupaba menos que a su madre.

El tren partió lentamente. Los gritos de su madre se oían aún a pesar del estruendo de la locomotora:

—*¡No te vayas a dormir, orejón!*

Juanito era orejón en realidad. Y dormilón. Sus hermanos decían que se dormía con facilidad porque podía cubrirse los ojos con sus enormes orejas. Ante estas burlas, Juanito sonreía y se abrazaba al mandil húmedo de su madre. Frecuentemente se quedaba dormido así. Todos ignoraban que su estado de desnutrición crónica lo hacía verse más orejón de lo que en realidad era, a la vez que le provocaba una eterna somnolencia.

El viejo de la camisa oscura lo observó desde que subió al tren. Imaginaba cuál era el encargo. Urdió su plan. Cuando calculó que faltaba una media hora para llegar a Armería, comenzó a llevarlo a cabo. Se colocó en el asiento junto y preguntó:

—*¿Cómo te llamas, vale?*

—*Juanito* —contestó el niño, sonriente.

—*¡A que mi Juan! Como la canción: “Yo soy rielera y tengo mi Juan...” ¿La conoces?*

El niño negó con la cabeza.

—*Dime* —continuó el viejo— *¿te gustan los globos?*

Antes de que Juan pudiera contestar, el viejo saco de sus ropas un globo amarillo, y comenzó a inflarlo.

—*Mira* —dijo el viejo— *¿te gusta?*

Juanito no podía creerlo: ante sus ojos se desplegaba un globo enorme, con una bellísima mariposa. El viejo pensó que los ojos se le saldrían de las cuencas.

—*¿Te gusta?* —repitió el viejo.

Juanito asintió tímidamente con la cabeza. Enjuto ahí, en el asiento del tren, flaquísimo como era, parecía un trapo colgado del asiento. Los otros viajeros, ocupados en mantener quietos los pollos y las escobas, no prestaban atención al diálogo.

—*¿Lo quieres?* —preguntó el viejo.

Juanito volvió a asentir con la cabeza. A pesar de su corta edad, sabía que ahora vendría la condición para tenerlo. Permaneció serio, con el mentón pegado al pecho, imaginando que sería algo imposible, como correspondía a ese bello objeto.

—*Bueno* —dijo el viejo— *te lo doy si lo inflas.*

El viejo desinfló el globo y se lo extendió a Juanito.

Juanito no podía creerlo. Inmediatamente lo tomó con ambas manos y comenzó a soplar.

El globo, de grueso plástico, no era presa fácil para un niño enclenque de siete años. A Juanito le tomó varios minutos llevarlo a la mitad del tamaño que el viejo había logrado.

—*No se vale* —dijo el viejo— *tienes que dejarlo igual que yo.*

Juanito siguió soplando. Después de varios minutos, apenas había alcanzado a incrementar su tamaño un poco. Sin soltarlo con su boca, volteó hacia el viejo con ojos suplicantes.

—*Un poco más y es tuyo* —dijo el viejo sonriendo.

Juanito continuó soplando por unos minutos más. La reducción en el abasto de oxígeno comenzó a hacer el efecto que el viejo esperaba: el niño comenzó a quedarse dormido. Inclino la cabeza lentamente al tiempo que el viejo le quitaba el globo de la boca. Así, dormido, fue fácil hurgar entre sus ropas y extraer el sobre con unos cuantos billetes. En su lugar, metió el globo.

El viejo permaneció al lado de Juanito aún cuando el tren hizo su única parada en Armería. De esa forma no llamaría la atención de alguien, de otra forma lo hubiera despertado. Cuando el tren estuvo a punto de partir, el viejo bajó rápidamente dejando al niño dormido. Entre gritos y acomodos, nadie se ocupó de él.



Armería no le gustó al viejo de la camisa oscura ni para emborracharse. A la playa de “El Paraíso” nadie lo quiso llevar por lo intransitable de la carretera, así que tomó un taxi a Cuyutlán, a unos quince kilómetros. La travesía, de unos quince minutos, le pareció una eternidad, ante la urgencia de tomarse una cerveza en una *enramada*.

Al llegar a Cuyutlán, el pueblo estaba desierto. Las tiendas, aunque abiertas, estaban deshabitadas, igual que los comercios ambulantes. El pueblo era un pueblo fantasma.

Súbitamente vio correr a dos niños hacia el final de la calle.

—*¡Algo pasó!* —dijo el taxista.

Y se dirigió hacia ellos. El hombre de la camisa oscura se dejó llevar, el taxista le había contagiado de curiosidad.

Al dar vuelta en la esquina, encontró a todo el pueblo reunido: unas cincuenta personas junto a la vía del ferrocarril.

—*Seguro que el tren volvió a agarrar a un borracho* —dijo el taxista— *Voy a Armería a traer al Ministerio Público.*

El viejo de la camisa oscura bajó del taxi. Como pudo, se abrió paso. En el centro del grupo una sábana cubría un pequeño bulto, justo al lado de la vía, caliente aún por el paso del tren. Las señoras lloraban y rezaban. Los hombres, con el sombrero de palma en la mano. Los niños abrazados a la falda de su madre.

El viejo de la camisa oscura se abrió paso hasta el pie del bulto. Después no se movió.



El agente de Ministerio Público llegó desde Armería en el mismo taxi una hora después. Hubo quienes juraban haber visto al niño brincar del

tren al pasar por Cuyutlán. Nadie se había movido todavía. El agente levantó la sábana y vio aquella carita destrozada. Las mujeres vieron sus pies sin zapatos. Los niños vieron aquellas orejas enormes. El hombre de la camisa oscura sólo podía ver aquel objeto amarillo que sobresalía de la manita.

\*

Don Sebastián no tiene piernas, dicen, porque una vez borracho se le lanzó al tren. Algunos dicen que lo vieron cómo se acostó en la vía esperando que el tren lo triturara, pero por algún motivo sólo se llevó las piernas. Nadie lo vio llorar nunca por haberlas perdido, ni siquiera cuando se vio los muñones por primera vez. Todos saben que llegó el día en que el tren mató a un niño, y nunca abandonó Cuyutlán. Hace muchos años ya.

Hay quien lo ha visto inflar un pequeño globo por las tardes, como si no se cansara de soplar por el tubo de la trompeta todo el día.



# Signus-1

La nave producía un zumbido casi imperceptible. Un sonido constante, sin altibajos, muy similar al sonido de un motor eléctrico. Augusto no podía precisar de donde venía. Estaba mareado y confundido. Tenía sed. Como pudo, trató de incorporarse. Sus esposas no se lo permitieron.

Era extraño. No podía recordar nada. Repentinamente había despertado con un dolor de cabeza y una resequedad en la boca, que sólo podía comparar a la sensación posterior a una noche de juerga. El despertar era, sin embargo, muy extraño: viajaba en la parte posterior de una nave, y no tenía la más remota idea que estaba haciendo ahí.

La nave era pequeña, aproximadamente del tamaño de una *combi* de fines de siglo XX, con asientos solamente para el piloto y el copiloto. Las ventanas de la parte trasera de la nave eran amplias, comprendiendo la mitad superior de las paredes laterales, por las que podía verse un paisaje surrealista: dunas y montañas de color rojo

pasando rápidamente. La nave volaba a unos cien metros de altura, apenas suficiente para evitar las dunas de Marte. La pequeña nave era muy estable para su tamaño, aunque experimentaba de vez en cuando pequeñas sacudidas.

Augusto se encontraba esposado en la parte trasera y poco a poco se daba cuenta de su situación: vestía, al igual que la tripulación de la nave, un traje espacial; sin embargo, mientras que el de los otros era de color rojo, el de él tenía un diseño ajedrezado en blanco y negro, para ser localizado fácilmente en caso de escapar, como después imaginó. Además de las esposas, se encontraba encadenado por la cintura a la pared lateral de la nave. Usaba un casco con una visera amplia que le permitía ver unos 120 grados a su alrededor.

Enfrente de él, con la mirada impasible, un guardia lo vigilaba —Augusto le calculó unos cincuenta años—, tenía un arma en su regazo y lo miraba fijamente, dando la espalda al piloto y copiloto. Cuando Augusto intentó incorporarse, este le apuntó con su arma.

—*Ha vuelto en sí* —dijo el guardia.

—*Bien* —dijo el copiloto— *pasamos a status 4 ahora.*

Tomó el radio y avisó:

—*Transporte de prisionero AH-VR6 a Signus-1. El prisionero ha reaccionado ya, pasamos a status 4, llegaremos en una hora.*

—*Transporte AH-VR6 en status 4, enten-*

*dido. Tengan cuidado* —respondió la voz por la radio.

Al parecer su despertar había armado gran revuelo. El guardia que lo custodiaba se veía tenso. Sentado en una pequeña silla, no dejaba de apuntarle con su arma.

—*Si te preocupa, usa el M3 para calmarlo. Yo no reportaré nada* —dijo el copiloto al guardia.

Sin quitar la vista de Augusto, éste respondió con firmeza.

—*La convención de Zürich prohíbe usarlo dos veces en el lapso de una hora a menos que sea en defensa propia, tú lo sabes* —contestó éste con resignación.

—*Como quieras* —respondió el copiloto.

—*Además* —continuó el guardia—, *quiero hablar con él. Es mi última custodia antes de jubilarme. En los últimos 20 años no he hablado con ninguna de esta basura.*

—*Pues si usar el M3 está prohibido por la convención de Zürich, hablar con él está prohibido por el reglamento de Signus-1.*

Recitó de memoria:

Capítulo XII sección 1.a del reglamento de prisiones galácticas: “*Todo transporte hacia una prisión galáctica de alta seguridad pertenece a tal prisión desde que el prisionero aborda el transporte hasta completar la cesión del prisionero...*”

—*Si, si, lo sé* —atajó el guardia— *Sé que pertenece a Signus-1 desde que salimos, y que en Signus-1 no se habla con los prisioneros, pero de*

*todas formas, nunca he hablado con un criminal de estos. Tengo curiosidad.*

Augusto no comprendía lo que sucedía. Simplemente no recordaba nada. Pudo apreciar cómo el piloto de la nave puso su mano sobre el hombro del copiloto diciendo:

*—¡Déjalo en paz! Cuando cumplas 20 años como guardia en un transporte de prisioneros también te vas a ablandar, igual que él.*

*—¡No me estoy ablandando!* —replicó el guardia, sin apartar la mirada de Augusto— *te repito que tengo curiosidad de hablar con una lacra como ésta.*

El copiloto volvió la mirada al frente, resignado; tal vez meditando qué sentiría él después de tantos años de transportar prisioneros en custodia a Signus-1: la infame prisión de alta seguridad en medio de la nada en el planeta Marte.

Augusto seguía tan perplejo como al principio. Le dolía la cabeza y tenía mucha sed. Con naturalidad, exclamó:

*—Tengo sed*

Nadie respondió. Volvió a repetir:

*—Tengo sed, ¿podrían darme agua?*

El copiloto volvió la cabeza hacia el guardia, esperando una reacción. Después de unos segundos dijo:

*—No entiendo cómo deseas hablar con él y ni siquiera respondes de acuerdo al manual, ¿lo vas a hacer o no?*

—*¡Que se aguante!* —fue la respuesta del guardia.

El copiloto resignado tocó unos botones del tablero que hicieron brillar una pantalla enfrente de él. Acto seguido, leyó en voz alta el apartado 154 del trato a prisioneros:

*“Prisionero S-76544-F, usted está siendo transportado a la prisión galáctica de alta seguridad Signus-1. Como tal, se le notifica que aunque este transporte está presurizado y cuenta con una provisión de oxígeno ambiental, por su integridad no le puede ser retirada la visera del casco, lo que impide...”*

—*Lo que quiere decir* —interrumpió el guardia— *que te vas a aguantar hasta que llegues allá y tomes tu ración.*

El copiloto, resignado, apagó con enfado la computadora al frente.

—*¡Como quieras!* —dijo con enfado.

Augusto supuso que este había presionado un botón, o algo por el estilo, porque enseguida un grueso vidrio polarizado aisló la parte de la cabina del resto de la nave. Después de eso, Augusto sólo podía ver las siluetas del capitán y del copiloto.

El zumbido continuaba persistente. La luz amarillenta en la parte trasera de la nave permitía apreciar algunos detalles: el piso de la nave estaba cubierto por una ligera capa de un material acolchonado, y la pared que dividía la parte trasera de la cabina, frente a Augusto y sobre la que el guardia recargaba su espalda, tenía algunos botones e indicadores luminosos que parpa-

deaban continuamente. A pesar de estar sentado en el suelo de la nave, Augusto podía apreciar el paisaje: montañas de color rojizo y dunas pasando rápidamente. Algunas rocas, pero ni un solo vestigio de vegetación, de agua. Nada. Simplemente el paisaje desolado de Marte.

\*

—¿Qué sucedió? —preguntó Augusto en voz baja— ¿Porqué estoy aquí?

—*Es natural que no recuerdes ahora* —respondió el guardia—. *De cualquier forma, ya lo harás. Por lo pronto debes saber que has sido declarado culpable por un tribunal internacional. Pero eso no importa, aunque fueras inocente, tu destino es la prisión Signus-1.*

—¿Por qué? ¿Qué hice? —preguntó Augusto con desesperación.

El guardia no respondió. Una mueca de odio ensombrecía su rostro. Tomó una especie de hoja de cristal muy delgado que estaba colgado cerca de él. Con curiosidad, presionó unos botones impresos. Resultó ser una pantalla que comenzó a arrojar información. Augusto sólo podía ver el reflejo brillante en la visera del guardia, el cual leía con atención. Después de unos minutos, dijo:

—*Veo que han usado el M3 contra ti varias veces, a su máxima potencia. Esto puede explicar por qué no has recuperado la memoria.*

Volvió a colgar la pequeña pantalla en su sitio.

—*¡Igual da! Ahora eres huésped de Signus-1. Ya la recobrarás del todo.*

—*Pero, ¿qué hice?* —preguntó Augusto resignado a su situación pasiva— *No sé siquiera porque estoy aquí. ¡Ayúdeme, dígame algo, no recuerdo nada!* —exclamó con creciente desesperación.

El guardia no respondió inmediatamente a su pregunta. Apretó fuertemente el arma que portaba y la apuntó hacia él. La mueca de odio apareció otra vez en su rostro. Lanzó el torrente de palabras a Augusto como si hubiera esperado que le preguntara:

—*Asesino* —dijo el guardia sin inflexión de voz— *Has matado inocentes: hombres, ancianos, mujeres, niños. Todo por el alcohol y las drogas. Por conseguir más dinero, fuiste capaz de cometer las mayores atrocidades una y otra vez. Tres veces escapaste de la cárcel en tu país, seguramente sobornando a los guardias. De no haber sido por la convención de Zürich, seguirías gozando de libertad impunemente en tu país, para de vez en cuando pisar la cárcel, sólo para que alguien aparentara que hacía su trabajo. Gracias a esa convención, los asesinos como tú dejaron de ser ciudadanos de algún país, y pasaron al destierro en alguna de las prisiones planetarias de máxima seguridad. Vigilado por un consejo mun-*

*dial de seguridad hasta tu muerte, sin posibilidad de regresar a la tierra jamás.*

Las palabras del guardia fueron como un torrente de lava que dejaron a Augusto petrificado. No supo que decir. Por unos instantes, permaneció así, con la boca abierta, queriendo balbucear algo. Todo era confusión. Prácticamente había despertado en una prisión. Recordaba haber leído alguna vez: *“uno no sabe cuándo está soñando, pero en definitiva, uno sabe cuándo no está soñando”*. La frase no tenía sentido, pero serviría para impulsar a alguien, como lo hacía Augusto ahora, a pensar objetivamente sobre su situación. Definitivamente, no estaba soñando. Percibía demasiados detalles a su alrededor.

Cuando se convenció de que no soñaba, aún sin sobreponerse del asombro, se atrevió a decir, con voz entrecortada:

—Yo... yo... no recuerdo nada...

—Claro que no, por ahora —dijo el guardia— Ya lo recordarás, sólo que no como lo hacías antes, con satisfacción, con regocijo. Esta vez despertarás cada día en una celda en Signus-1. No hay escape de ahí. No lo harás otra vez. No hay posibilidad de que hagas daño a alguien, nunca más. No es posible hacerle daño a alguien en Signus-1, porque una vez dentro, no volverás a ver a nadie jamás.

Augusto debió haber expresado asombro, porque el guardia continuó:

—*Signus-1 está plagada de prisioneros que no se ven unos a otros. No es posible ver a los guardias siquiera. Clamarás por una voz, pero no escucharás ninguna, sólo la tuya.*

Luego dijo, inclinando un poco el cuerpo, lapidario:

—*En Signus-1 estás muerto desde que llegas.*

\*

Augusto no sabía qué pensar. Su mente alterada pasaba vertiginosamente del análisis de su horrible pasado al de su igualmente aterrador futuro. Ambos, cincelados en roca, sin posibilidad de cambio.

Comenzó a sollozar. La imposibilidad de llevarse las manos al rostro y cubrirse con ellas era desesperante. Sus sollozos se convirtieron en un llanto franco.

—*¡No recuerdo nada! ¡No puedo recordar nada! ¡Yo no me merezco esto!*

El guardia lo miraba impasible. Pareciera —pensaba Augusto— que el guardia lamentara el hecho de que no recordara nada de su pasado por ahora. Algo que sin duda le permitiría a su custodio seguir atormentándolo con lo que le esperaba en Signus-1.

El guardia miró por la ventana al paisaje rojizo por unos segundos. Luego dijo:

—Ahora te arrepientes porque no recuerdas nada. Hubieras querido no haberlo hecho, pero ya verás, en unos minutos más comenzarás a recordar tus hazañas. El M3 es un gran invento —dijo sonriendo mientras palpaba el arma— no hay mejor forma de controlar a un peligroso asesino como tú, que despojarlo totalmente de su identidad (sin disminuir las funciones básicas del cerebro) por unas horas. Sin recuerdos, no puedes ser peligroso. Sin embargo —continuó— ya hemos tenido algunos casos en que los convictos al ser transportados, han recobrado su memoria y han querido sorprender a los guardias. Por eso la seguridad.

Augusto levantó la cabeza. Con resignación aparente, preguntó:

—¿Me han borrado la memoria?

—Así es —contestó el guardia— Pero como te digo, es cuestión de unos minutos. No podemos usar el M3 a menos de que sea estrictamente necesario.

Hizo una leve pausa para continuar:

—No te ilusiones, no es una medida para protegerte —dijo con sorna— No hay muchas leyes que te protejan ahora. Es para que no vaya a ocurrir un accidente, y se te borre la memoria permanentemente. Esta cosa —dijo levantando el arma— en exceso, no sólo podría dejarte sin recuerdos permanentemente, también podría matarte. Para que tu pena sea eficaz, debes tener

*presente por qué estás en Signus-1. Nadie quiere que te preguntes qué haces ahí sino que estés consciente de tus crímenes y tu castigo.*

El guardia había tomado una actitud relajada. Se recargó contra la pared de la nave, el M3 apuntando siempre a Augusto. Moviendo la cabeza en desaprobación, continuó:

*—Algunos piensan así, que recordando tus fechorías el castigo se hace justo. Yo pienso que los asesinos como tú, se alegran cuando esos recuerdos vuelven. ¿Sabes por qué? Porque gozan recordándolos. Las lacras como tú, deberían desaparecer.*

Augusto volvió a bajar la cabeza. Su mente comenzaba a recordar: Rostros. Una mujer. Una pequeña niña en sus brazos. Una cárcel. Imágenes que se desvanecían. Sentimientos que no podía describir... apenas escuchó cuando el guardia continuó:

*—No. Pensándolo bien, yo creo que no es un buen castigo matarte. El mejor castigo es tu nuevo hogar.*

Augusto levantó la cabeza para preguntar con ansiedad. Con mucha humildad,

*—¿Tengo...tenía —corrigió— esposa, hijos?*

El guardia lo miró fijamente con enfado. Augusto pudo ver cómo sus dedos se crisparon sobre el M3. Augusto desvió la mirada. Era obvio que lo había molestado. Un largo silencio.

Augusto no supo qué decir. Le quedaba un último recurso y lo usó:

—*Escucha* —dijo con voz calmada, mirando al guardia fijamente a los ojos— *sé que desearías matarme, pero también sé que prefieres el castigo que me espera. Por ahora, quieras o no, yo no soy yo. Es decir, sufro mucho por lo que dices que hice, como si me hubieran puesto en el cuerpo de otra persona. Sé que recordaré todo eventualmente, pero por ahora, quisiera saber una sola cosa: dime lo que sepas de mi esposa y mis hijos, si tuve a alguien así.*

El guardia no contestó. Augusto no se atrevió a seguir suplicando. Bajó la cabeza. Los recuerdos llegaban rápidamente, pero en forma desordenada: nuevamente rostros difusos, sentimientos confusos, llanto, todo en un tropel desordenado en el tiempo y el espacio. Mientras trataba de ordenar sus ideas, esperaba a la vez el momento en que se convertiría en un monstruo, poco a poco, sin desearlo, al menos por ahora. No podía concebir cómo dentro de unos minutos todas esas horribles acciones le serían familiares, y peor aún, tal vez lo harían sentir orgulloso. La idea de que las aceptaría y de que, tal vez, se regocijaría con ellas, le acentuó la sensación de volver el estómago.

Permaneció así, con la mirada en el piso, en espera de sus recuerdos, un par de minutos. Levantó la cabeza ante la voz del guardia, que había

vuelto a tomar la pequeña pantalla de la pared de la nave:

—*Tienes una esposa y tenías una hija. Tu esposa está en el hospital, en estado de coma; tu hija murió. Las tomaste como rehenes cuando te arrestaron. Huiste con ellas, te persiguieron, hubo un accidente.*

El guardia apagó la pantalla con enfado y volvió a colgarla en la pared. Prosiguió:

—*Te encontraron en la sangre más drogas que las que hay en una farmacia. De alcohol, ni se diga. Escapaste del vehículo sin ningún rasguño. Tu hija tenía cuatro años; en tu huída atropellaste a seis personas, tú mismo declaraste haberlo hecho a propósito para distraer a tus perseguidores.*

Nuevamente la sensación de vómito envolvió a Augusto. Comenzó a sollozar. Luego, el llanto abierto. Negaba con la cabeza desesperadamente.

—*¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Yo no pude haber hecho eso!*

El llanto inundó completamente los audífonos en el casco del guardia. Tocó unos botones en el cuello del mismo. Luego se relajó y se recargó de nuevo contra la pared.

Pasaron varios minutos. Augusto tuvo una idea, una imposibilidad más bien. Perdido como estaba, sólo había una cosa que podía hacer. No había por qué no intentarlo. Imaginaba el odio que

el guardia debería sentir hacia él. Sin embargo, aunque remota, era una posibilidad:

—*Escucha* —dijo con firmeza— *Creo que he comenzado a recobrar la memoria. Veo unos rostros; gente que llora, que huye de mí, llantos, cárcel. Sin embargo, no siento la menor satisfacción. Y no quiero sentirla. Voy en camino hacia una cárcel de máxima seguridad, de la que no hay escape. No puedo cambiar mi pasado, no puedo cambiar mi futuro, pero hay algo que es posible hacer: no quisiera recordar que hice jamás. Esto sería como si cambiara mi pasado. Si pudiera elegir entre cambiar mi pasado o mi futuro, preferiría mil veces cambiar ese pasado donde he hecho sufrir a tantas personas, aunque mi futuro sea como es, aterrador. Prefiero sentir que soy inocente en esa cárcel, que regocijarme por el daño que hice alguna vez.*

Augusto hablaba rápido, con desesperación. No quería que esos horribles recuerdos llegaran antes de terminar de hacer su propuesta al guardia. Continuó:

—*No sé qué es esa arma que tienes, ni sé como funciona, pero tú mencionaste que en algunas ocasiones habían borrado la memoria de alguien completamente, sin poder recobrarla jamás*

Augusto tragó saliva, sabía que no estaba en posición de negociar. Pero se atrevió a lanzar su propuesta:

*—Ten compasión de mí. Del que soy yo ahora. Usa eso contra mí con toda su intensidad. A cambio, quizá me mates, lo que estoy seguro te daría mucho placer.*

Contra lo que Augusto esperaba, el guardia permaneció impasible. Augusto estaba seguro de que provocaría una sonora carcajada, pero no fue así. Pareciera como si el guardia estuviera pensando la propuesta. Augusto imaginó ver un destello de luz en su futuro.

El guardia permaneció inmóvil por unos instantes. Acarició el arma suavemente y se inclinó hacia Augusto. Por unos segundos estuvo así, sin atreverse a responder a la propuesta. Augusto apuró:

*—Sabes que puedes alegar defensa propia; si te es más fácil, trato de zafarme de estas cadenas, cualquier cosa que te sirva de pretexto. Puedo hacer movimientos violentos, cualquier cosa que sea necesario... ¡por favor!*

El guardia continuaba mirándolo impasible. Después dijo, marcando sus palabras:

*—Dime, ¿si pudieras cambiar el pasado lo harías?*

Augusto estaba extrañado de la pregunta. Se sobrepuso rápidamente para responder:

*—Daría mi vida por cambiar lo que hice. No me importaría morir inmediatamente a cambio de eso.*

*—Bien —dijo el guardia—*

Dejó el arma en el suelo, a los pies de Augusto. Tocó varias veces el vidrio polarizado que comunicaba a la cabina del piloto, se quitó el casco y gritó:

—*¡Se acabó! ¡Vámonos!*

\*

Lo que sucedió a continuación fue vertiginoso. Augusto apenas podía poner su cabeza en orden mientras el taxi avanzaba por el periférico sur, frente a la UNAM. Su esposa y su niña a su lado. Él, confundido por lo que había pasado. Ella, desahaciéndose en explicaciones:

—*No me culpes Augusto, tú lo propusiste. Tú te decidiste a pasar por eso. Yo te dije que esa idea me parecía media loca, que esos muchachitos no sabían lo que hacían. Acuérdate: te dijeron que ellos tenían la forma de quitarte el vicio del alcohol y las drogas, que te iban a dar una pastilla con la que no ibas a recordar nada por una hora, y que ellos te iban a dar un tratamiento que haría que jamás te volvieras a meter en esos vicios.*

Augusto no respondía. Estaba muy confundido. Había recordado todo, pero no podía creer lo que había sucedido. Un set de unos viejos estudios de cine, un viejo vehículo acondicionado como nave espacial, unos proyectores, un motorcito que no dejaba de zumbir, y un par de niños sacudiendo el vehículo de vez en cuando.

La mujer se deshacía en explicaciones:

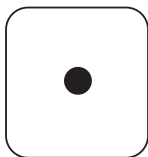
—*Augusto, Augusto, no me culpes a mí. Tú fuiste el que insistió, no te enojas conmigo, fue tu idea.*

Augusto no respondía. En esa hora pico, los automóviles avanzaban a paso lento. Todo el mundo maldecía: conductores, peatones, policías. En aquel calor de verano en la *Muy noble, real y pontificia ciudad de México*, todo el mundo renegaba, todos, menos Augusto. Con los ojos cerrados, volviendo su rostro hacia el cristal del taxi, sonreía feliz. Amaba estar ahí. Agradecía al cielo estar ahí.

—*Augusto, Augustito... ¿estás enojado?*



# En las alas de Leonardo



Es el atardecer de un martes de verano en la Biblioteca Kroch de manuscritos raros de la Universidad de Cornell, en Ithaca, Nueva York. La biblioteca Kroch, mayormente subterránea, se especializa en la conservación y exposición de manuscritos considerados de alto valor por su antigüedad. Frecuentemente se exhiben manuscritos europeos y asiáticos, generalmente ejemplares únicos.

El ambiente es pulcro y la seguridad impresionante. Algunos volúmenes sólo están en exhibición en forma temporal, y son guardados tras gruesos cristales, mientras las cámaras en el techo vigilan discretamente. Es imposible voltear una de sus páginas o simplemente tocarlos. La temperatura, humedad e iluminación de la sala de exhibición se encuentran cuidadosamente reguladas para evitar el deterioro de tan preciado material, particularmente del sensible color de

los grabados, especialmente abundantes entre las descripciones botánicas en los viajes de *Humboldt* y *Bonpland* por América, o en los grabados chinos del siglo XII.

Algunos de los manuscritos que pertenecen a la colección de la biblioteca pueden ser consultados dentro de la misma, aunque en forma restringida y después de muchos trámites, y siempre bajo la vigilancia sutil de las omnipresentes cámaras. Los dos niveles inferiores, a los que sólo se llega por elevador, contienen las valiosas colecciones y exhibiciones, mientras que en el primer nivel hay algunas mesas de lectura.

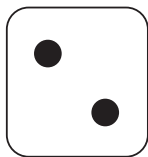
Es en este nivel en el que un hombre joven de aspecto sucio, desaliñado, con unas notas de papel desordenadas sobre la mesa, escribe apuradamente unos trazos: unos puntos y unas líneas solamente. Hoja tras hoja, hace intentos desesperados por concretar algo, dibujando apretadamente hasta en los márgenes una y otra vez. Uno podría suponer que su búsqueda ha sido infructuosa, pues concluye cada hoja arrugándola rápidamente o dejándola cuidadosamente a un lado, como si quisiera compararla después. Decenas de hojas están esparcidas por toda la mesa. El olor que despide es intenso y desagradable, su pelo y barba hirsutos denotan una devoción total a su quehacer, que sin duda se ha extendido por varias semanas.

Un joven pulcro se acerca por detrás y mira sobre su hombro. Lo mira tal y como sonreiría un maestro al acercarse a un niño que hace su tarea. Enseguida le dice con amabilidad:

—*Perdone señor, ya vamos a cerrar...*

Luego observa con atención los trazos que emergen rápidamente de la punta del lápiz de aquel joven. Esto lo hace sonreír.

Sonríe con compasión... ¿o tal vez placer?



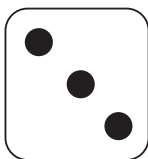
Ángel siempre estuvo interesado en la locura. Desde muy joven le fascinó el tema, y fue así como decidió estudiar psiquiatría. Joven brillante y totalmente dedicado a sus pacientes, jamás imaginaría el cambio que daría su vida seis años atrás. Fue en esa misma biblioteca donde encontró accidentalmente, en las páginas perdidas de un libro, una pequeña hoja amarillenta, escrita en latín. La hoja se encontraba entre otras dos extraordinariamente delgadas, haciendo parecer al conjunto de tres hojas una sola. Las hojas que guardaban esa hoja amarillenta contenían grabados profusamente iluminados, tal vez con la intención de ocultar su contenido. Los bordes habían sido cuidadosamente sellados para guardar el delicado material

y fue mera suerte el hecho de que comenzaran a desprenderse y el que Ángel los separara.

Recordaba cómo al encontrar esa hoja suelta contuvo el impulso inmediato de tomarla. Continuó hojeando cuidadosamente el libro, aunque la curiosidad era irresistible. Se tranquilizó: no había cometido ningún delito. Hojeaba el libro mecánicamente, urdiendo un plan para hacerse de esa hoja. Sabía que las cámaras vigilaban, así que fue muy cuidadoso: comenzó a escribir notas en hojas individuales y a colocarlas como marcadores entre las páginas del libro, incluida una sobre aquella hoja amarillenta. Cuando llenó una veintena, comenzó a retirarlas una a una apresuradamente y al terminar esto, se dirigió a la salida. Nadie notó cuando sustrajo la hoja entre aquellas notas. Entre la vegetación alemana al *Big Red Barn*, apenas la miró; cuidadosamente dobló la hoja y la guardó entre sus ropas. Al llegar a su departamento, copió cuidadosamente el texto. Ignorante del latín, Ángel solo pudo traducir palabras aisladas, pero no podía percibir el mensaje completo. Podía entender *dementia*, *alea*. Lo que le pareció más interesante fue la frase final, que hacía referencia a un personaje aparentemente conocido. La nota terminaba abruptamente con la frase “...et ad solvendum necesse est in alis Leonardi vehi”.

Semanas después, gracias a la traducción hecha por un sacerdote en México, Ángel se dio cuenta que la hoja narraba la existencia de un

problema matemático muy antiguo, cuyo origen se había perdido en el tiempo. Aparentemente, el primero en documentarlo había sido Ptolomeo, el cual describía el problema y sus efectos en la mente humana. La nota que Ángel había encontrado carecía de autor y resultó que la frase final significaba: “... y *para resolverlo necesitaría viajar en las Alas de Leonardo*”.



*Aleae* era el epítome de la locura. Tal vez era la locura misma. Un problema aparentemente muy sencillo, pero muy difícil de resolver en realidad: seis puntos dispuestos en dos filas, de la misma forma en que se ordenan los seis puntos de la cara de un dado. Ángel supuso que siendo el dado el símbolo universal del azar —*Alea* en latín— había derivado su nombre de ahí.

El problema consistía en unir cada uno de los puntos de una fila con cada uno de los tres de la otra, utilizando líneas rectas o curvas, pero sin cruzarlas. Por la nota, podía deducirse que unos pocos individuos habían encontrado la solución de este problema, y los que lo habían logrado, habían sabido guardar el secreto, ya que aparentemente no existía registro alguno de su solución.

Sin embargo, la nota no contenía trazo alguno, y por lo tanto no contenía la solución de *Alea*.

Sin lugar a dudas, lo que más llamaba la atención era una advertencia: aparentemente aquellos que habían intentado encontrar la solución por un tiempo prolongado sin lograrlo, enloquecerían si la solución les era mostrada, aún si esto fuera mucho después de haber capitulado en sus esfuerzos.

Esta advertencia fue lo que capturó la atención de Ángel. La explicación de la pérdida de la razón le inquietaba aún más que la solución del problema mismo. Así pues, encontrar la solución del problema se convirtió para él, desde entonces, en un medio para comprender la locura, no en un fin.

Durante muchos años, Ángel buscó infructuosamente la solución. Aprovechaba cualquier espacio de tiempo para intentar resolver el problema, dibujando diagramas en cuanto pedazo de papel caía en sus manos: boletos de autobús, servilletas, márgenes de libros y revistas e incluso hasta en la palma de sus manos. Todo fue inútil.

Paralelamente realizó una infructuosa búsqueda bibliográfica en bibliotecas públicas y privadas, también sin éxito. Lo interesante fue la gran cantidad de correspondencia con referencia al *divino problema* en diferentes fuentes, misma que pasaba desapercibida a menos de que el lector conociera el tema. Desde los códigos de Leonar-

do Da Vinci, incluyendo a Girolamo Cardano en *Liber de Ludo Aleae* (Libro de los juegos de azar) y a Galileo Galilei en *Sopra le Scoperte dei dadi* (Acerca de un descubrimiento concerniente a los dados), Ángel se dio cuenta que grandes mentes habían abordado el tema en el pasado, ocultando sus intentos e intercambiando resultados en una correspondencia aparentemente científica. La solución de *Aleae* no era la única enigmática: el problema en sí había sido mantenido oculto cuidadosa y sistemáticamente del individuo ordinario.

La última frase de aquella nota amarillenta continuaba inquietando a Ángel: “...*necesitaría viajar en las Alas de Leonardo*”. En su búsqueda bibliográfica, aprendió que Newton, inventor del Cálculo, había declarado haber viajado “*en hombros de gigantes*” para encontrar sus resultados, por lo que entonces pensó que la referencia a Da Vinci era igualmente figurativa. Sin embargo, su vida dio un giro la primera vez que leyó una frase de Da Vinci, escrita la noche del 30 de noviembre de 1504:

“...*en la noche de San Ángel encontré el fin de la cuadratura del círculo. Al terminar la luz, y la noche y el papel en el que escribo.*”

Presuntamente, se refería a la solución de un problema que hoy se sabe no tiene solución: la cuadratura del círculo. ¿Sería esta la pista que Ángel buscaba? De hecho, de todos era conocido que la *solución* de la que el gran maestro hablaba

no existía, y sólo era una aproximación. Esto es, si Leonardo estuviera convencido de haber encontrado la solución de tal problema, entonces para él, un millón equivalía al concepto de infinito, algo tan ridículo que era inconcebible atribuírselo a tal genio. ¿Estaría Leonardo hablando solo para los *entendidos* en la materia? Tal vez, y esta idea entusiasmaba a Ángel, hablaba de la solución del *otro problema*.

No era tan descabellado adjudicar estos métodos crípticos al gran Leonardo: ¿Acaso no era él el que escribía de tal forma que sus escritos sólo podían ser leídos usando un espejo? El hombre que había concebido el helicóptero, la ametralladora, el submarino, el paracaídas y otros muchos artefactos sólo un poco después del descubrimiento de América, ¿podría haberse equivocado en algo tan trivial?

La posibilidad de que Da Vinci hubiera atacado y resuelto el *Divino problema* era real, aún a pesar de la gran diversidad de problemas que Leonardo había abordado. Sin embargo, suponiendo que así fuera, eso no resolvía el problema: ¿estaba implícito en el mensaje, el lugar dónde había ocultado Leonardo la solución del *Divino problema*? Más importante aún, ¿cómo pudo escapar él mismo a sus efectos devastadores?

Si la solución del problema había logrado permanecer oculta durante tantos siglos, su forma de acción, el mecanismo que desataba la locura en

los individuos tal vez lo fuera más aún. Tal vez sea inexistente. O tal vez exista y sea incomprensible para el estado actual del conocimiento de la compleja mente humana. Gracias a una experiencia ocurrida en su niñez, Ángel elucubró una teoría de su funcionamiento, un principio básico, simple pero eficiente: *Confusión*.



Ángel comenzó a interesarse en la confusión y sus consecuencias en la mente humana desde que era un niño, cuando apenas tenía 11 años. Recordaba vivamente esa noche:

—Señor, le estoy hablando.

Ángel dormía. No recuerda qué lo despertó, pero cuando lo hizo tenía sed y comenzó a caminar hacia la cocina. Salió de su cuarto, llegó a la sala y cuando estuvo a punto de entrar a la cocina golpeó en el marco de la puerta y... despertó. Entonces se da cuenta que ha estado dormido, caminando y acaba de chocar contra una pared. La situación es confusa y divertida, pero sobre todo interesante en extremo: en su sueño sintió sed y dormido caminó hacia la cocina, y por un accidente acaba de despertar. No podía ver absolutamente nada y el conocimiento pleno de la

casa le salvó de tropezar mucho antes, y es justo al entrar a la cocina cuando ha cometido un error. Se pregunta qué hubiera hecho de no haber chocado: ¿Habría entrado a la cocina, tomado agua y regresado sobre sus pasos a la cama, de no haber cometido ese pequeño error de cálculo? De ser así, lo que acaba de aprender sobre los sueños es muy atrayente. Simultáneamente al análisis de las consecuencias eventuales, su cerebro también está dedicado a toda marcha a establecer su posición actual: encuentra que el interruptor no está donde debería estar, junto a la puerta justo a la entrada de la cocina, por lo que rápidamente comienza a explorar una posibilidad: está desviado un poco, y sus manos comienzan a buscar: arriba, abajo, a la derecha y a la izquierda, sin éxito. Peor aún: se ha dado cuenta que no existe tal puerta: se ha despertado con un golpe pleno contra la pared. No puede explicar que pasa, y su cerebro analiza otras posibilidades: la puerta está unos pasos a la derecha, o tal vez a la izquierda... o tal vez no se ha despertado. Si no se ha despertado aún, está en su cama —tal vez— y no sabe como despertarse, lo cual aunado al hecho de que ya determinó que la puerta no se encuentra a la derecha, ni a la izquierda, hace la situación un poco, sólo un poco, preocupante. Han transcurrido unos segundos solamente y su cerebro busca respuestas frenéticamente. Por otro lado, se encontró un objeto cuya forma es irreconocible entre la clase de

objetos que él sabe que hay en la sala, y ahora no encuentra el sofá, la lámpara de pie en el rincón ni el cuadro que debería estar en la pared. Comienza a explorar la posibilidad de que ha salido de su habitación y ha ido tal vez más lejos de lo que imagina: ¿porqué no? Acaba de despertar, excepto por el hecho de que él mismo se ha transportado podría estar dondequiera. En este momento se encuentra desesperado y confundido: todas las posibles explicaciones acerca de dónde está han resultado falsas, por propia experimentación. No sabe siquiera si está despierto, y por lo tanto no está seguro si está en un problema o no. Su cerebro sigue proponiendo alternativas que explican donde está y cómo llego ahí, pero ninguna resulta cierta, por experimentación propia. Las posibles explicaciones y fracasos comienzan a sucederse con rapidez vertiginosa hasta que sus manos desesperadas dan con un interruptor.

...La situación ya no es divertida y no hay intento alguno de seguir experimentando. Su cerebro sabe que al accionar ese interruptor obtendrá todas las explicaciones... probablemente.

Entonces, lo hace: acciona el interruptor y la luz se hace en su cerebro y en la habitación:

La respuesta a todas sus interrogantes es muy simple: no ha salido de su habitación, aún esta en su recámara. Todo fue un engaño: su cerebro ordenaba a su cuerpo que actuara tal y como debería hacerlo si él estuviera en otro lugar, mien-

tras sus manos rechazaban continuamente cualquiera de las propuestas erróneas de su mente.

Un poco avergonzado consigo mismo, se acuesta en la cama y se cubre totalmente con la sábana. Cuando todo se ha explicado y se ha relajado, se duerme.

Muchos años después, Ángel analizó con detalle ese acontecimiento y llegó a una conclusión sobre una posible causa de locura: un estado de confusión prolongada, donde el cerebro ha agotado todas las posibles explicaciones y al resultar infructuosas todas ellas, decide desconectarse del mundo que lo rodea, como un mecanismo de autodefensa.

El cerebro es un gran buscador de respuestas: tiene que encontrar una explicación a todo lo que sus sentidos le informan. Sin embargo, su forma de acción es muy interesante: cuando algo no puede ser explicado por él, en términos de lo que ya conoce, entonces este hecho pasa a ser un conocimiento nuevo; sin embargo, antes de ser adoptado como un conocimiento nuevo, debe pasar una prueba: no debe entrar en conflicto con otra información que el cerebro posee, de ser así, entonces una nueva explicación debe surgir, hasta encontrar una que no entre en conflicto. Así, un niño podría pisar por primera vez un insecto y si este rearmara sus partes para volver a caminar, el cerebro del niño no tendría un conflicto con esto: pasaría a formar parte de su acervo de co-

nocimientos. Algunas veces nuevas experiencias entran en conflicto con ese acervo y estas diferencias tienen que ser solucionadas, especialmente si son trascendentales. Así, por ejemplo, si un adulto recordara que durante su infancia los insectos que pisaba volvían a rearmarse para caminar nuevamente, su cerebro eliminaría el conflicto atribuyéndolo a la imaginación propia de los infantes. Esto explicaría por qué un adulto aprende más lento que un niño: cada vez su cerebro requiere más tiempo para catalogar, comparar, negociar y dirimir conflictos entre el conocimiento viejo y el nuevo, aunque si no son trascendentales, pueden permanecer en conflicto por tiempo indefinido.

El meollo del asunto es que —elucubraba Ángel— en cuestiones *trascendentales*, el cerebro tiene que encontrar una respuesta, no importa lo descabellada que sea, algo que le permita darle un respiro. El problema surge cuando no existe forma de dirimir el conflicto causado por información nueva, percibida a través de los sentidos, especialmente cuando entra en conflicto con un conocimiento trascendental firme y sólido.

Bajo estas circunstancias, el cerebro propone una sucesión cada vez más veloz de posibles explicaciones, rechazadas cada una, hasta que, a punto de fallar, se desactiva. O tal vez, la sucesión de explicaciones se prolonga hasta la falla misma. El resultado es el mismo: el cerebro ha dejado de percibir el entorno.

Tal vez esto explique la locura en la que han caído personas que creen haber visto u oído a un familiar que ya ha fallecido: ¿Cómo explicar su presencia aquí, frente a mí?

—Señor, ¿*me escucha*?

Ángel ha pensado en ésta como una posible explicación del *Divino problema*. Él mismo recuerda cómo después de haber tratado de resolver el problema infructuosamente, soñó durante semanas líneas y puntos. Cruzándose entre sí, abrazándose, entretejiéndose, anudándose alrededor de los puntos, sólo para apartarse repentinamente y volver a comenzar. Ángel estaba convencido de que el cerebro guardaba el problema; lo almacenaba como un conocimiento básico, trascendental y así, ante la presencia de la solución al problema, el cerebro entraría en un estado de confusión absoluta: ¿cómo explicar la presencia súbita de una solución largamente buscada?

*“...al terminar la luz, y la noche y el papel en que escribo”.*

¿No era eso lo que había hecho Ángel por tantas noches? ¿No había agotado noches enteras y miles de hojas de papel en la búsqueda de la solución? ¿No habría agotado Leonardo la luz de las velas en su búsqueda?

Desde entonces Ángel se concentró exclusivamente en la obra de Leonardo. Sus pesquisas lo llevaron a concluir que el libro donde había encontrado esa hoja amarillenta había pertenecido,

alguna vez, a la biblioteca de Ludovico el Moro, al cual Leonardo había servido en Milán. Ángel creía ver huellas de *alea* por doquier. Particularmente significativa le pareció la pintura de un contemporáneo de Leonardo, Andrea Mantenga, que retrataba al conde Ludovico y su corte. La pintura mostraba a un desconocido entregando al Conde una pequeña hoja de papel, en una actitud supreplicia.

Cuando Ángel se enteró que el poderoso dueño de *Microsoft*, Bill Gates, había comprado el *Códice Hamilton* en 30 millones de dólares, su corazón dio un vuelco. Supo entonces que él y el poderoso empresario estaban tras el mismo objetivo. Por un lado, estaba feliz de saber que no había perseguido una quimera a lo largo de los últimos años; y por el otro, de que no era remota la posibilidad de que la solución, si es que existía, no estuviera ya a su alcance. Esto lo entristeció y lo hizo caer en un estado de profunda depresión.



Ya no más al acecho de *Alea*, lo encontró cuando menos lo esperaba: en una exposición sobre la historia de la aviación, en el tren subterráneo de la ciudad de México. Ahí, viendo un diagrama de

lo que debía ser un ala de un planeador, tuvo un destello, y apartó rápidamente la vista de aquel dibujo. No lo había visto en realidad, pero imaginó que ahí estaba. Temblaba de emoción y miedo a la vez: ¿estaría ahí lo que él y tantos habían buscado durante tanto tiempo? Sin lugar a dudas, era un lugar ideal, propio del genio de *El gran maestro*. Una duda lo asaltó: ¿lo había visto? Es decir, sí estaba ahí, ¿lo había visto y no lo sabía? ¿Estaba loco ya y no se había dado cuenta? ¿No estaría exagerando con el poder del *divino problema*?

Caminó hacia la salida. Se dirigió a la primera farmacia que encontró y compro una cámara fotográfica desechable y unos lentes oscuros. Regreso al túnel del metro. Antes de acercarse al cuadro, se puso los lentes y entrecerró los ojos. Sin fijar demasiado la vista, tomó una fotografía, pero lo hizo tan rápido que estaba seguro no serviría. Llamó a un joven que pasaba y le pidió al mismo tiempo que extendía la pequeña cámara:

—*Disculpa, ¿me podrías hacer un favor?*

El joven tomó la cámara aún antes de recibir detalles y, aunque le parecía un lugar extraño para tomar una fotografía, se preparó a tomarle una a Ángel.

—*¡No! a mí no* —dijo sonriendo a la vez que señalaba el cuadro, viéndolo de reojo— *es a ese cuadro, mis manos tiemblan y no puedo hacerlo.*

¿A ése? —dijo el joven, señalando el cuadro.

Sí, a ese —contestó Ángel, siempre viendo el cuadro de reojo— *Sólo trata de que llene el recuadro completamente.*

El joven tomó varias fotografías y devolvió la cámara. Después de agradecerle, Ángel desapareció en la multitud.

Los meses que siguieron fueron vertiginosos: Primero, Ángel se abstuvo de observar cualquier dibujo de Leonardo Da Vinci. No sabía cuanto tiempo de exposición necesitaba para encontrar la solución, pero no quería correr riesgos. Después, llevó a cabo el plan que había elaborado desde hacía mucho tiempo, aún antes de saber si el problema era real o la solución existía: un plan que intentaba probar la efectividad del *Divino problema*.

La cafetería cerca de la Facultad de Medicina de la UNAM estaba como siempre, repleta de estudiantes. Tendió la trampa: vistiendo una impecable bata blanca y un estetoscopio al cuello, hubiera parecido otro joven profesor más, de no haber sido por el par de gruesos libros de cálculo y topología en la mesa, a la vez que dibujaba trazos sin sentido en una hoja de papel. Sólo le quedaba esperar.

Había imaginado tanto tiempo esa escena, que la disfrutaba profundamente: estaba vivien-

do un futuro que parecía nunca llegaría. Tanto la había imaginado, que vivía la escena no desde esa silla sino tal como la vería a través del lente de una cámara. Apenas tocaba la taza de café con los labios y miraba de reojo a su alrededor continuamente, en espera de su víctima. Los gruesos libros podrían confundirse con cualquier volumen de medicina para aquel que no observara en detalle, no así para cualquiera que tuviera que compartir la mesa, lo que pronto ocurrió: un joven de aproximadamente 20 años, evidentemente estudiante de la Facultad, tomó asiento frente a Ángel. Fue en este momento cuando Ángel acentuó su labor sobre la hoja de papel. La apariencia de frustración que emanaba era evidente: abría el grueso libro en una página marcada, para después de unos segundos negar con la cabeza, lentamente al principio, rápidamente después, sólo para cerrar el libro cuidándose a fin de causar la impresión de una ira contenida. Dejó el lápiz y las notas a un lado. Cerró los ojos y bajó la cabeza. Se tocó la base de la nariz con el índice y el pulgar de la mano izquierda, y apoyó su codo en su mano derecha sobre el vientre, en una actitud de reanudar fuerzas antes del siguiente intento.

Bastaron unos segundos en esa posición antes de escuchar aquella pregunta. Entonces sintió lo que el cazador siente al escuchar el sonido que hace la trampa al caer su presa. Lo que siente el pescador al suave tirón del hilo.

—¿Muy difícil?

Ángel no abrió los ojos inmediatamente. Sin alterar la posición de sus brazos, comenzó a negar con la cabeza. Después, en apariencia resignada, comenzó a afirmar lentamente. Abrió los ojos sonriendo, a la vez que decía:

—No es nada. Ayudo a mi esposa con su tarea. Bueno, más bien, pretendía ayudarla, pero parece ser inútil.

—¡Ah! —dijo su interlocutor, como si hubiera comprendido todo— ¿Matemáticas?

—Así es. La semana próxima tiene su última oportunidad para pasar el examen de topología. Es algo así como el estudio de figuras geométricas raras, de esas que uno nunca se encuentra por la calle, pero que sólo sirven para amargarme la vida, a mí y a ella. Lo que pasa es que está en la penúltima semana de embarazo y ha tenido muchas complicaciones. Resolver este problema le sería fácil, pero no en las condiciones en las que se encuentra. Su profesor de topología le dijo que hiciera un proyecto especial, para cumplir con los requisitos del curso, pero ella no puede más. Se ha abandonado a la depresión. Está dispuesta a perder todo el año. Ella y yo sabemos que después del nacimiento de nuestro hijo va a ser muy difícil retomar sus estudios; ella se ha abandonado, y me tiene desesperado.

Su interlocutor mostró interés:

—¿Y por qué no le pregunta a un matemático, a un profesor o a un estudiante?

Ángel respondió como si ya el mismo hubiera sugerido esa alternativa:

*—Por miedo a que se entere el profesor. Los proyectos especiales son asignados a cada estudiante. Ella no lo haría por ética y yo tampoco, por temor a preguntarle a la persona equivocada, lo que podría costarle caro.*

Ángel sabía que aquel joven no preguntaría sobre la naturaleza del problema. Porque seguramente imaginaba que ni siquiera lo entendería. Estaba preparado. Al continuar, no necesitó mentir:

*—Parece tan sencillo. A veces pienso que la solución está al alcance de la mano, pero no la veo. Te lo explico, ¿ves estos seis puntos...?*

Transcurrieron varios minutos. Antes de abandonar la cafetería, Ángel volvió la cabeza. El joven observaba con atención los trazos de Ángel. Un poco después, tomó el lápiz.

Había mordido el anzuelo.

Al día siguiente, a la misma hora, Ángel esperaba en la misma mesa. Fingió sorpresa cuando el joven apareció saludándolo:

*—¡Hola! ¿Algo de suerte?*

*—Nada aún* —respondió Ángel, con una sonrisa de desánimo—

*—Pues yo trabajé un poco ayer cuando te marchaste. Varias veces creí que lo tenía, pero resultó que había pegado líneas sin darme cuenta.*

*Durante la noche me levanté un par de veces porque creí encontrar la solución, pero igual, nada.*

—Lo sé —dijo Ángel, asintiendo con un dejo de desprecio— *me ha pasado lo mismo.*

En una actitud ensayada, Ángel miró por unos instantes un punto en el infinito. Sin voltear a ver a su interlocutor, entrecerró los ojos y dijo:

—*El problemita me hartó desde hace rato. Pero cuando veo a mi esposa sufrir así como ella sufre, vomitando y llorando toda la noche, entonces tomo el lápiz y continúo. Estoy seguro que la solución saltará en cualquier momento.*

Ángel tomó sus libros y notas. Se levantó y le dirigió la sonrisa más agradecida que podía emitir.

—*De todas formas, gracias por tratar. No esperaba que le dedicaras tiempo, pero si encuentras algo, avísame, yo vengo aquí todos los días a la misma hora. Sólo te pido discreción.*

Ya en la puerta, Ángel volvió la cabeza: el joven continuaba escribiendo.

Toda una semana duró el tratamiento. A partir del tercer día, la primera pregunta de aquel joven era la misma:

—*¿Estás seguro de que tiene solución?*

Ángel entonces le contaría como su esposa la había visto, pero obviamente era muy difícil de recordar. La seguridad y empeño de Ángel eran tales, que eran suficientes para mantener el esfuerzo del joven hasta el día siguiente. Ángel compartía

diariamente esfuerzos infructuosos, y hasta compartía diagramas con aquel joven. Para alentar aún más su esfuerzo, contaba cómo su esposa empeoraba al inicio de la última semana de embarazo, y cómo cada día Ángel podía dedicar menos tiempo a resolver el problema.

El primer día de la siguiente semana fue diferente. Ángel pensó que sería fácil al principio: simplemente mostrar la fotografía de aquel bosquejo de Leonardo, pero no se atrevió. Tenía un miedo increíble de no causar ninguna reacción. De que no pasara nada. Al principio, observó con preocupación que el joven ya no hablaba de intentos hechos, de trabajo infructuoso. Esta vez, no intentaba intercambiar diagramas o mostrar algún progreso. Esta vez parecía indiferente. Ángel deseaba revivirle el interés, mencionando el sufrimiento de su esposa. Cuando iba a dejar de ver aquel punto en el infinito aparentando frustración, el joven dijo algo que lo dejó pasmado:

—*No necesito trabajar en el problema. Creo que trabajo en él mientras duermo...*

Y sin decir más, se marchó.

Ángel supo entonces que aquél joven estaba atrapado. Ya no necesitaba motivación. Su cerebro estaba contaminado. Ahora su inconsciente trabajaría en el *Divino Problema* mientras caminaba, mientras comía, mientras leía, mientras dormía. El día siguiente sería el gran día.

—Por favor señor, le estoy hablando...

El día siguiente, fue directo. Esperó sonriendo al joven. Éste, sorprendido, creyó adivinar inmediatamente de que se trataba.

—*¡Lo encontraste!*

Ángel sonrió sin despegar los labios, con suficiencia. Su satisfacción era patente.

—*¡Muéstrame!* —añadió el joven con impaciencia.

—*¡Espera!* —dijo Ángel, bajando la voz y moviendo las manos sobre la mesa, como si palpara un objeto inexistente, para acentuar el secreto.

—*No lo resolví* —dijo en voz baja— *encontré la solución en un diagrama, ¡baja la voz!*

—*¡Muéstrame!* —repitió susurrando el joven.

—*Déjame explicarte. Me enteré que es un problema muy viejo. Resuelto hace mucho por Leonardo da Vinci, ¿puedes creerlo?* —Ángel abrió el libro sobre la mesa. De entre las hojas, sacó una hoja de papel doblada por la mitad. La extendió al joven, al tiempo que decía— *Para que nadie lo encontrara, Leonardo lo dibujo en las alas de un avión, escondido. En realidad, es muy fácil, ¿puedes verlo?*

Ángel extendió aquella hoja doblada. Al tiempo que el joven la desdoblaba, repitió con ansiedad:

—*¿Puedes verlo?*

La sonrisa del joven desapareció lentamente de su rostro. Por unos instantes, no movió un

solo músculo de su cuerpo. Permaneció así un par de minutos. Después, dobló la hoja lentamente y la dejó sobre la mesa. Levantó la mirada para ver fijamente a Ángel por unos instantes.

—¿*Lo encontraste?* —repitió Ángel.

El joven no respondió. Ángel no podía comprender aquella mirada vacía. Volvió a increpar con ansiedad:

—¿*La viste?*

Sin decir nada, el joven sonrió levemente.

Ángel recordaría luego esa expresión como una mezcla de tristeza, alegría y resignación. Muy similar a la que haría alguien al que le acabaran de notificar que un ser querido ha muerto después de una larga y dolorosa convalecencia.

Acto seguido, el joven se levantó. Ángel no lo sabía, pero nunca más lo vería a los ojos.

Al día siguiente, Ángel se dirigió a la cafetería aún más temprano que de costumbre. Al llegar, notó que aquel joven ya lo esperaba. Sentado en la mesa, ahí, sin levantar la cabeza, dibujando trazos. Ángel pretendió que nada había pasado.

—¡*Hola!* —saludó, con una actitud jovial— Tomó asiento enfrente del joven, pero éste no contestó el saludo. Continuaba absorto en sus trazos.

Ángel pudo observar qué hacía: dibujaba tres puntos como si fueran los vértices de un triángulo imaginario y enseguida dibujaba líneas

rectas desde uno de los puntos hacia los otros dos: algunas veces la línea recta cruzaba uno de los otros dos puntos, otras veces la línea pasaba justo en medio de ellos. No comprendía que pretendía hacer. El joven repetía una y otra vez aquellos trazos: tres puntos en triángulo, seguido de una línea que emergía de uno de los puntos a los otros dos, una y otra vez, sin descanso. Algunas veces se detenía por unos segundos, como si planeara una estrategia y entonces continuaba nuevamente. Había decenas de hojas en la mesa. Con trazos apretados, puntos formando un triángulo de diferentes tamaños. Su barba era incipiente y mostraba cansancio. Ángel no supo que hacer. Se levantó, pasó por atrás del joven y tocándole el hombro, intentando llamar su atención, se despidió:

—*Nos vemos.*

El joven no volteó a verlo siquiera. Continuó dibujando aquellos puntos y líneas.

Al día siguiente, Ángel no se atrevió a sentarse junto al joven. Tenía un aspecto de descuido evidente y comenzaba a llamar la atención. Al cuarto día, todas las miradas convergían en aquel joven, rodeado de cientos de hojas, sucio y desaliñado. Aunque Ángel pretendió pasar inadvertido y no se acercó a él, no pudo evitar que otro joven estudiante de medicina se le acercara y le espetara:

—*Será mejor que se lleve a su amigo. Parece tener algún problema.*

—No lo conozco —replicó Ángel.

—Bueno, es *qué como los vi varias veces juntos la semana pasada, pensé que...*

—No lo conozco —repitió Ángel enfáticamente— *Creo que compartimos la mesa un par de veces nada más* —Acto seguido se dio media vuelta y se alejó.

Pasaron varios meses. Ángel no podía soportar aquel sentimiento de culpabilidad, alternado por un sentimiento de satisfacción. Había encontrado lo que buscaba. Guardaba celosamente el diagrama de Da Vinci en un libro, dentro de una caja fuerte.

Ángel se cercioraba cada vez más de que el principio básico de aquel estado —que no podía ser otro que locura, por la abstracción total de la realidad que provocaba— era la confusión. Lo intuía de aquella mirada vacía, de aquella devoción absoluta. Poco a poco dejó de sentirse culpable y satisfecho a la vez, para pasar a sentir una curiosidad científica. Condujo nuevos experimentos, diseñados para determinar el grado de exposición necesario. Aprendió que algunas veces bastaba una simple petición de ayuda para resolver el problema, para interesar a una persona. Otras veces necesitaba cierta coerción sentimental. Ángel desechaba estos últimos individuos porque necesitaba más sujetos con menos esfuerzo. Algunas veces observó que tres días eran suficientes entre la introducción al problema y la presentación de la

solución, para causar el efecto. Todo esto lo anotaba cuidadosamente, guardando celosamente sus notas en su caja fuerte, junto con diagramas.

Lo que no podía explicar Ángel era la homogeneidad de la sintomatología: invariablemente, todos los individuos parecían absorberse por un nuevo problema: dibujaban tres puntos en triángulo, seguido por una línea que partía de uno de ellos, algunas veces cruzando otro punto y otras veces pasando entre los dos restantes. Ángel no entendía qué era aquello que intentaban hacer, aparentemente en forma infructuosa. Comprender el problema podía ser la llave para encontrar la solución. Tenía ante sí un nuevo reto. Sin embargo, no sabía qué hacer. Los afectados no declaraban nada, y los diagramas no indicaban nada aparente.

Después de dos años de experimentos y notas, Ángel se movía en un terreno que no le presentaba nuevos retos. El único que le quedaba —estaba convencido de eso—, era infranqueable. Para sondear la mente de aquellos envueltos en la locura causada por el *Divino problema* necesitaría aventurarse en un terreno del que no había regreso. Un reto interesante para él, pero, lo sabía muy bien, por encima de sus posibilidades.

Muchas veces había sentido el impulso irresistible de ver el diagrama y aclarar así el enigma último en su vida: ¿qué hay después de la solución? El impulso nunca ha sido demasiado fuerte

y duradero para vencerlo. Las imágenes de esos pobres diablos desaseados, con el pelo hirsuto y olor nauseabundo, con la mirada encadenada a una hoja de papel, en apariencia, por el resto de sus vidas, ha sido suficiente para apartarlo de ceder al impulso. Ángel se encontró a sí mismo en un callejón sin salida. Así pues, decidió hacer una pausa en su vida.

Un día, se vio nuevamente visitando la cafetería de la UNAM, donde conoció al que se convirtió en su primera víctima. En el preciso lugar donde cometió un asesinato a la vista de todos. Tomó asiento en el mismo lugar. Le extrañó ver que el lugar estaba desierto. No sabe de donde apareció aquel joven que, con las cuencas vacías, le muestra una hoja amarillenta y le dice:

—*Toma, te pertenece.*

Ángel no atina a reaccionar. Sólo abre la hoja siguiendo un reflejo. Entonces la ve. Horrorizado, se levanta de su asiento como impulsado por un resorte. No comprende cómo llegó a cometer tal error. Esta ahí. Pudo verla. Tan simple, tan elegante, tan escondida. Ha visto la solución del *Divino problema*.

Súbitamente despierta. Sin embargo, al abrir los ojos, no está sobre su cama: está de pie junto a su escritorio. Sobre éste, el libro donde guardaba el diagrama de Leonardo, abierto; la hoja con la solución yace en el suelo.

Su viejo hábito de sonámbulo ha vuelto en el momento menos esperado.



Son casi las ocho y se acerca la hora de cerrar la biblioteca. Absorto como está en sus pensamientos y en los trazos que desesperadamente dibuja sobre una hoja de papel, en la que casi no queda espacio, Ángel no puede darse cuenta de que el empleado le llama por quinta vez:

—¡Perdone señor! tenemos que cerrar.

Ángel lo escucha, pero el llamado del empleado es para él un grito lejano. Ángel no está ahí, en esa biblioteca, a esa hora. Él está en un espacio incomprensible para el resto del mundo. No es posible que pueda prestarle atención a un simple empleado pidiéndole que abandone la biblioteca, cuando su mente está totalmente absorta en resolver el problema que tiene enfrente. Está a punto de encontrar la solución, él lo sabe, un par de intentos más y habrá terminado. Está a punto... no... Algo salió mal. Un nuevo intento. Es una tarea sencilla, es casi seguro que lo logrará en el próximo intento: primero, dibujar tres puntos en triángulo, ahora, una línea que cruce los tres pun-

tos... esta vez está seguro que lo logrará... siente que está próximo a la liberación total...

Una estudiante que se encamina a la salida, se detiene junto al empleado que permanece de pie junto a Ángel y susurra algo a su oído, mientras lo toma del brazo, invitándolo a caminar junto a ella por el pasillo. Al alejarse unos pasos de aquella mesa atestada de papeles que rodean a Ángel, dice:

—¿Eres nuevo aquí, verdad?

El joven asiente con la cabeza, preocupado de haber hecho algo indebido. Ella prosigue:

—Él viene aquí todos los días. Se sienta en esa mesa desde que abren la biblioteca y se pone a dibujar. El anterior empleado llamaba a la administradora, la señora Riker. Ella se encarga de llevarlo a la salida diariamente.

El empleado sonrío y ambos se dirigen al elevador. Una vez adentro, la joven presiona el botón del primer piso, mientras el empleado pregunta con curiosidad:

—¿Qué es lo que hace?

—No lo sé —responde ella, encogiéndose de hombros. Hace una pausa, y un poco en secreto dice— Hace una semana me acerqué a él y miré sobre su hombro. Dibuja una y otra vez tres puntos en triangulo y una línea en medio de ellos. Repite eso todo el día...



*EN LAS ALAS DE LEONARDO*  
de Carlos Moisés Hernández Suárez  
se terminó de imprimir  
en noviembre de 2004  
en la Dirección General de Publicaciones  
de la Universidad de Colima, Colima, México.

La edición consta de 1,000 ejemplares.

Participaron en su edición  
Revisión de estilo: Víctor Gil Castañeda  
y Michel Torres Gutiérrez  
Editora responsable: Myriam Cruz Calvario